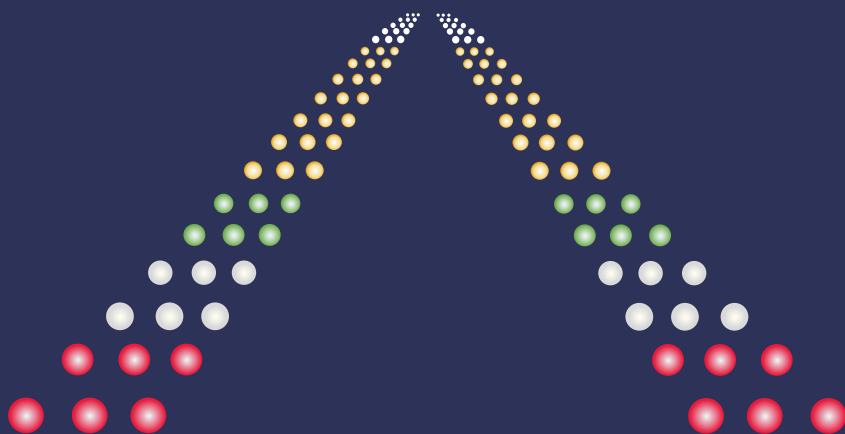


DEMARCAACIONES.
INTERVENCIONES POLÍTICAS
EN LA COYUNTURA
NACIONAL-POPULAR
MEXICANA



Los ensayos que conforman este libro pretenden ser instrumentos útiles para clarificar los conceptos que reclama la lucha política en la actualidad y que atienden la necesidad estratégica de visibilizar las principales metas que el movimiento nacional encabezado por el presidente de la república, Andrés Manuel López Obrador, busca concretar en México. Son intervenciones políticas en la coyuntura nacional-popular mexicana, trazados de líneas de demarcación –a la usanza althusseriana– para separar lo aparente de lo verdaderamente sólido: lo meramente ambiguo de lo que reclama ser precisado y definido. Todos los textos se encuentran imantados por una clave: la esperanza, que, como expresaba Spinoza, es una alegría intermitente con la que se ilumina en parpadeos el sendero por el que puede transitar el movimiento popular que avanza en México: un movimiento que se dirige hacia la configuración de otro momento histórico que mediante la identificación del interés de la nación con el de las clases populares establezca las condiciones necesarias para conformar un orden político nuevo.

Demarcaciones.
Intervenciones políticas
en la coyuntura nacional-popular
mexicana

Alfonso Vázquez Salazar

Demarcaciones. Intervenciones políticas en la coyuntura nacional-popular mexicana
Alfonso Vázquez Salazar

Primera edición, 10 de mayo de 2024

© Derechos reservados por la Universidad Pedagógica Nacional
Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional, Carretera al Ajusco
núm. 24, col. Héroes de Padierna, Tlalpan, CP 14200, Ciudad de México
www.upn.mx

Esta obra fue dictaminada por pares académicos.
ISBN 978-607-413-527-5

Nombres: Vázquez Salazar, Alfonso
Título: Demarcaciones : intervenciones políticas en la coyuntura nacional-popular mexicana
Descripción: Primera edición | Ciudad de México: Universidad Pedagógica Nacional, 2024 | Serie: Horizontes educativos
Identificadores: ISBN 978607413
Temas: México – Condiciones sociales – Siglo XXI | México – Política y gobierno – Siglo XXI
Clasificación: LCC HN113.5 V39 2024

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.
Hecho en México.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
1. ALTHUSSER REACTIVADO	13
2. ALTHUSSER Y LA LUCHA POLÍTICA EN LA TEORÍA	29
3. CONTRA LA PANDEMIA: LA ESTRATEGIA DEL NACIONALISMO POPULAR DEMOCRÁTICO DE LA 4T	39
4. LA CUESTIÓN NACIONAL-POPULAR Y LA PANDEMIA EN AMÉRICA LATINA	49
5. HEGEMONÍA POLÍTICA Y SOCIAL EN MÉXICO	53
6. SOBERANÍA NACIONAL Y CRISIS DE LA GLOBALIZACIÓN: EL SIGNIFICADO HISTÓRICO DEL DISCURSO DE AMLO EN WASHINGTON	57
7. LA CRISIS ORGÁNICA DE LA INTELLECTUALIDAD MEXICANA ANTE LA 4T	61

8. SOBRE LA NOCIÓN DE “GOLPISMO” Y LA REACCIÓN ELEMENTAL EN MÉXICO	67
9. <i>PUNTO CRÍTICO</i> : UN CASO DE PERIODISMO POLÍTICO MILITANTE EN MÉXICO	71
10. PALINGENESIA MEXICANA: EL COMBATE A LA CORRUPCIÓN COMO ELEMENTO ESTRATÉGICO DE LA REGENERACIÓN NACIONAL	77
11. EL REINO IDEALISTA DE LOS JUSTOS PÁNFILOS VS. LA POLITIZACIÓN POPULAR	81
12. ¿QUÉ SIGNIFICA LA CUARTA TRANSFORMACIÓN?	85
13. ¿QUÉ TIPO DE PARTIDO PARA LA CUARTA TRANSFORMACIÓN?	89
14. PENSAR EL TRABAJO CULTURAL EN TIEMPOS DE LA 4T	93
15. UNA NUEVA ETAPA POLÍTICA EN BOLIVIA: MAS SOLIZ RADA, MENOS GARCÍA LINERA	103
16. EL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO: EL LEGADO HISTÓRICO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA A LA 4T	107
17. VÍCTOR FLORES OLEA Y LA EXTINCIÓN DE LA GENERACIÓN DE MEDIO SIGLO	111
18. SOBRE LA <i>GUÍA ÉTICA PARA LA TRANSFORMACIÓN DE MÉXICO</i>	117
19. MÉXICO ANTE LA CRISIS ORGÁNICA DE EE. UU.	121

20. LA CUARTA TRANSFORMACIÓN Y LA DIMENSIÓN	
NACIONAL-POPULAR	125
REFERENCIAS	138
ACERCA DEL AUTOR	141

PRÓLOGO

Louis Althusser (1918-1990) concebía a la filosofía como una modalidad específica de la práctica social: una práctica teórica que tenía por objeto intervenir en una coyuntura histórica determinada. Esa intervención era necesariamente política, puesto que la filosofía era asumida como la continuación de la lucha de clases en el terreno de la teoría. En ese sentido, la filosofía, en tanto práctica teórica, tenía dos finalidades: I) trazar una línea de demarcación entre las ideas falsas y las ideas verdaderas, del mismo modo en que se trazaba la línea divisoria entre amigos y enemigos en el campo de batalla; y, II) contribuir al fortalecimiento del aparato teórico con la máxima capacidad explicativa para dar cuenta del proceso histórico y de la realidad social –a saber: el materialismo histórico o marxismo– a través de la clarificación de conceptos indispensables para incidir de una manera más eficaz en la lucha política de la clase obrera.

Por esa razón, la filosofía de Althusser, o mejor aún, la intervención teórica de Althusser en la filosofía, supuso una transformación profunda de la disciplina, enfatizando aquello que Karl Marx (1818-1883) postuló en *Las tesis sobre Feuerbach* cuando sostenía que los filósofos no habían hecho otra cosa más que contemplar de diversos modos el mundo, cuando de lo que se trataba era de transformarlo; debido a que ello significaba que para transformar

la realidad social era indispensable la clarificación de conceptos estratégicos, tanto para la conformación de un discurso explicativo sólido y coherente que diera cuenta de sus determinaciones, cuanto para la elaboración de un discurso ideológico-político capaz de intervenir sagazmente en una coyuntura específica, y de generar con ello una serie de efectos tendientes a una organización política cada vez más eficaz para impulsar la transformación social.

Estos escritos son, pues, intervenciones políticas en la coyuntura mexicana, a la usanza althusseriana, surgidos en un contexto determinado por el arribo al poder del Estado de una fuerza política que enarbola un proyecto nacional, sustentado en una vigorosa movilización popular, que impulsa un proceso de transformación en nuestro país a partir de sus propias condiciones históricas de desarrollo y retoma los principales valores y las luchas más emblemáticas del pueblo mexicano.

Este libro surge en plena pandemia del SARS CoV-2 –con la propagación de la enfermedad de covid-19, que ha causado tantos estragos a la población mundial–, inmerso en la esperanza de su extinción absoluta, o de que al menos se mitiguen sus efectos más nocivos con la aplicación masiva de las vacunas, y abarca un poco más de la primera mitad del periodo de gobierno del presidente Andrés Manuel López Obrador.

Los ensayos que lo conforman pretenden ser instrumentos útiles para clarificar conceptos que reclama la lucha política en la actualidad y que atienden la necesidad estratégica de visibilizar las principales metas que el movimiento nacional encabezado por López Obrador busca concretar en México. Son intervenciones políticas en la coyuntura nacional-popular mexicana, trazos de líneas de demarcación para separar lo aparente de lo verdaderamente sólido, aquello meramente ambiguo de lo que reclama ser precisado y definido.

En cuanto a su composición, este libro se inicia con una entrevista realizada a un estudioso de la recepción de la obra de Althusser en América Latina, con la finalidad de situar históricamente la pertinencia que tuvieron las tesis del filósofo francés en el contexto

político y cultural de distintos países latinoamericanos durante las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado, y de mostrar la relevancia de su pensamiento como un instrumento que sigue siendo útil para esclarecer la tarea del filósofo y reflexionar sobre la actualidad política.

También se incluye un texto que analiza de una manera más detallada la “práctica teórica” de Althusser como continuación de la lucha política en la teoría, con el propósito de clarificar mejor la noción de “intervención política” y sus alcances, así como la intención última de este libro: mostrar que el análisis riguroso de una coyuntura política no tiene que estar reñido con una posición político-ideológica que, en mi caso, respalda de manera abierta el actual proceso de transformación de la vida pública que se lleva a cabo en México y que lidera el presidente Andrés Manuel López Obrador.

Todos estos ensayos se encuentran imantados por una clave: la esperanza, que, al recordar a Baruch Spinoza (1632-1677), es una alegría intermitente con la que se ilumina en parpadeos el sendero por el que puede transitar el movimiento popular que avanza en México: un movimiento que se dirige hacia la configuración de otro momento histórico y que, mediante la identificación del interés de la nación con el de las clases populares, establezca las condiciones necesarias para conformar un orden político nuevo.

1. ALTHUSSER REACTIVADO

ENTREVISTA CON JAIME ORTEGA REYNA A PROPÓSITO
DE LA PUBLICACIÓN DE SU LIBRO *LA INCORREGIBLE
IMAGINACIÓN. ITINERARIOS DE LOUIS ALTHUSSER
EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE*

La incorregible imaginación. Itinerarios de Louis Althusser en América Latina y el Caribe (Doble Ciencia, 2019) es el más reciente libro del politólogo y latinoamericanista mexicano Jaime Ortega Reyna (1983), quien ha desarrollado –en un lapso relativamente breve– una consistente labor teórica, caracterizada por el análisis de los efectos de la teoría marxista en distintos pensadores latinoamericanos y corrientes surgidas del propio marxismo o emparentadas en línea directa con él. El gran mérito de la obra de Ortega Reyna es no solo trazar un mapa de la recepción de la obra del pensador francés en América Latina, particularmente en Cuba, Chile, Argentina y México, sino evidenciar el lazo orgánico entre filosofía y política en las tesis del autor comunista, las cuales contribuyeron de manera decisiva a la renovación del marxismo y de las ciencias sociales durante los sesenta y setenta del pasado y aún cercano siglo XX.

Otro dato importante es que la joven editorial chilena que produce el libro, *Doble Ciencia*, continúa una veta de trabajo abierta ya por publicaciones teóricas como *Demarcaciones. Revista Latinoamericana de Estudios Althusserianos*, que se ha caracterizado por revalorar la tradición de pensamiento y el espacio teórico conformado por Althusser en América Latina. Todos estos hechos manifiestan una verdad cada vez más evidente: la reactivación de Althusser en el siglo XXI, cuyo punto de despliegue en América Latina, como lo ha advertido Jaime Ortega Reyna en su libro, puede ser identificado en el Coloquio Internacional celebrado en la ciudad de Morelia –Michoacán, México, en el año 2012– que reunió a todo un “bloque histórico” de jóvenes pensadores latinoamericanos, entre ellos al propio Ortega, con el propósito fundamental de poner nuevamente en circulación las ideas y la recepción de Althusser en una nueva coyuntura para la región. A este propósito se ciñe la presente entrevista con el autor mexicano Jaime Ortega Reyna.

1. Alfonso Vázquez Salazar (AVS): ¿Qué representó Louis Althusser para América Latina y, sobre todo, para una generación de intelectuales –filósofos, científicos sociales, artistas, literatos– en los años setenta y ochenta, y cuál es ahora la nueva coyuntura de la que hablas en tu libro, en la que se da su relectura? ¿Hay un regreso a Althusser? ¿De qué forma se da esta vuelta a un autor que desató tantas polémicas, a menudo violentas, en su tiempo, y cómo se está llevando a cabo esta nueva circulación de su obra? ¿Qué trae de novedoso esta circunstancia actual para la realización de la lectura althusseriana? ¿Plantea solo la vuelta a la obra de Althusser en términos estrictamente teóricos o académicos, o es posible hablar incluso de una reactivación política de su pensamiento? ¿Cuáles son los límites de esta reactivación tomando en cuenta un contexto poco favorable para el marxismo y donde no se advierte aquello que en los años setenta se denominó, con razón o sin ella, como la “actualidad de la revolución”?

Jaime Ortega Reyna (JOR): Gracias, Alfonso. Te respondería que, efectivamente, detecto una nueva coyuntura de lectura, cuya piedra inicial la puso Fernanda Navarro cuando publicó *Filosofía y marxismo* (Navarro, 1988), pues ahí se esboza el programa de lo que hoy vemos como un desarrollo teórico en torno al nombre de Althusser. Pero, además, esta coyuntura, como suele pasar con la tradición marxista, tiene una disposición geopolítica entre lo que sucede en Europa y Estados Unidos y lo que sucede en América Latina. No entraré en esta diferencia, pues lo que más conozco es lo que se produce en la región latinoamericana, pero es perceptible, al ver los índices de los libros y revistas en inglés o francés –principalmente, aunque ahora también en italiano– que existen tanto diferencias como campos compartidos.

La nueva coyuntura tiene varias novedades. La primera es un compromiso de menor intensidad con el marxismo. Para hablar de Althusser no es necesario hablar de Marx ni de las disputas de antaño, como, por ejemplo, las que atendían a conceptos como “dictadura del proletariado”. Queda claro, también, que una polémica como la del humanismo ha perdido el suelo, al menos tal como se dio en los años sesenta. Hoy la polémica sobre el humanismo tendría que pensar más en Heidegger y menos en Garaudy. Esto abre un espacio para pensar lo que el propio Althusser denominó como una corriente subterránea: su nombre hoy está involucrado con referentes ausentes del marxismo occidental, salvo quizá Maquiavelo. Me refiero a Rousseau, Hobbes, Lucrecio, Spinoza, Simondon, solo por mencionar algunos.

Otra vertiente de esta nueva coyuntura son los estudios de recepción. No se trata de realizar “historias” sobre la influencia de un pensador, sino de captar los momentos productivos, en donde a partir de una seña o provocación, se asumían problemas específicos. Así descubrimos hoy que lo que Natalia Romé llama la “empresa althusseriana” siempre tuvo muchos flancos: quienes desarrollaron el tema de la epistemología, quienes se abocaron al problema del análisis de la coyuntura, quienes rondaron la crítica a la filosofía de la

historia y con ello la temporalidad múltiple en una época en la que nadie –al menos en América Latina– leía a Walter Benjamin.

Finalmente, creo que si bien hoy ya no hablamos de “actualidad de la revolución” ello no oscurece el compromiso político. Desde 2012 se labró esta convergencia y los encuentros en Buenos Aires y Santiago de Chile, ambos momentos en procesos electorales, mostraron un compromiso mayoritario –no total ni mucho menos homogéneo– con las perspectivas populares o de avanzada. Creo que algo que se entiende bien en este periodo es que más que un compromiso con una abstracta “actualidad de la revolución”, lo que debe prevalecer es un análisis concreto de la situación concreta a partir de determinadas coyunturas.

2. AVS: Víctor Hugo Pacheco afirma que tu libro no solo es una investigación sobre la recepción de la obra de Althusser en América Latina, sino que es fundamentalmente una propuesta de acercamiento a dicha recepción, y que la clave de ello consiste en la “traducción” política que tuvo el pensamiento de Althusser en la región, el cual al no distinguir de manera tajante entre la práctica política y la práctica teórica generó múltiples efectos en la manera de asumir el compromiso político y la actividad intelectual. ¿Estás de acuerdo con esta apreciación o consideras más bien que la clave se encuentra en el mismo contexto “sobredeterminado” de América Latina en aquellos años, y de eventos como la Revolución cubana, las oleadas voluntaristas de los grupos guerrilleros que se extendieron por el continente a consecuencia de tal acontecimiento o el golpe militar contra el gobierno de la Unidad Popular en Chile, por ejemplo?

JOR: Estaría de acuerdo con las dos afirmaciones. Pacheco Chávez, quien es un gran amigo y un interlocutor permanente, escribe eso, me parece, pensando en un cierto contexto donde él y yo nos formamos: aquel en que las luminarias del marxismo –aun con cierta convocatoria– revelaban el secreto de los textos sagrados, como los *Grundrisse* y *El capital*. Asistíamos admirados a las clases de “crítica de la econo-

mía política” en las que el gurú nos mostraba parágrafo por parágrafo la verdad que, aunque estaba ahí, frente a nosotros, no lográbamos descifrar. La aversión de ese marxismo a la obra de Althusser era furiosa. Hoy mismo siguen dictando cursos sobre “la tergiversación de Althusser” a Marx: así, con ese título, es decir, aceptando que hay una proposición correcta y el resto son desviaciones. Frente a ello Pacheco opone la idea de que el marxismo es siempre una posición política, una recuperación histórica y militante. Frente a la cátedra dogmática revestida de refinación teórica, esa posición más mundana –como diría Armando Bartra– me parece más potente, interesante y pertinente. Tu matiz o hipótesis también me parece correcta y yo la encaro pensando que aquella fue una coyuntura de lectura que hoy está superada, pero que entenderla permite diagnosticar el porqué la obra de Althusser, a diferencia de la de Sartre o la de Lukács (y ya ni hablar de Kosik o Schaff), no fue solo cosa de intelectuales. Lo interesante es que, a su manera, la obra de Althusser hizo parte de combates candentes: ahí tienes a Roque Dalton en su defensa de Debray o a Carlos Pereyra en la intervención en la insurgencia sindical de los años setenta en México, o a Malamud en Argentina. Creo que, a pesar de su diversidad, quienes circulamos en torno a Althusser somos muy desconfiados de grandes aventuras teleológicas sobre la realización de la historia, pero también de discursos que otorgan una garantía política a nociones de origen (de ahí la tensión con el trotskismo, el zapatismo o la lectura decolonial); y, sobre todo, de cualquier noción de sujeto trascendental, más allá de las prácticas y las coyunturas específicas.

3. AVS: ¿Podrías profundizar más sobre la relación entre Louis Althusser y la política? ¿De qué modo Althusser rodeaba a la política por la teoría y qué efectos tuvo esta operación en el campo del marxismo a finales de los sesenta?

JOR: Este tema es uno de los de mayor polémica y de los que cuesta más trabajo hablar en nuestros días, por una razón: las coordenadas que demandaban que a la política se le rodeara por la teoría

han desaparecido. Es muy complicado, para nosotros, imaginar la necesidad de permanecer en un partido comunista, más aún en el francés, que tiene tan mala fama en el mundo occidental después de 1968. Althusser, con sus citas de autoridad de Engels o Stalin, con sus referencias al Partido Comunista Francés (PCF) y todo eso que a veces resulta tan incómodo, no dejaba de permanecer en un horizonte que hoy ha desaparecido. Permanecer en el PCF era una cuestión de vital importancia para un teórico marxista. Ceder, renunciar, abandonar o claudicar no era otra cosa que condenarse al ostracismo. Al menos así fue hasta los años cincuenta y bien entrados los sesenta, pensemos solo en el caso de Henri Lefebvre, quien no vuelve a tener resonancia sino hasta 1968. Creo que de alguna manera la coyuntura de finales de los sesenta, con el advenimiento del maoísmo, la muerte del Che Guevara y las movilizaciones globales, es que esto se rompe. Aun así, Althusser permanece en el PCF. En ese momento sus críticas son más abiertas y la confrontación se vuelve abierta. La relación entre filosofía y política adquiere en la práctica política y teórica de Althusser una determinación, misma que en los setenta se abre a la posibilidad de discutir directamente con el aparato partidario, cuestión que queda suspendida a raíz de los terribles acontecimientos de principios de los años ochenta.

4. AVS: Me gustaría ahora hablar un poco sobre el título de tu libro: ¿Por qué *La incorregible imaginación*? ¿Por qué elegiste ese título para referirte a los itinerarios del pensamiento de Althusser en América Latina? Lo pregunto porque la imaginación, de acuerdo con el propio Althusser, linda con la ideología y, en ese sentido, se opondría al conocimiento teórico o científico. Spinoza, por otro lado, sostiene que el cuerpo imagina, o es afectado de múltiples formas por otros cuerpos que lo hacen imaginar inevitablemente. Más que una incorrección, la imaginación supone, en el caso de Spinoza, un efecto –y también un afecto– sumamente potente e inevitable, en la medida en que tenemos un cuerpo y este se encuentra en relación con otros modos o fuerzas de existir. Ciertamente la imaginación en Spinoza

no puede ser corregida porque escapa a esos criterios de lo justo o de lo adecuado, además de que esa pretensión es algo tan imposible porque la imaginación depende del cuerpo y este no se engaña, sino que es el primer indicador de la realidad efectiva, constituye el primer género de conocimiento: “La idea verdadera del sol no suprime la imagen o el afecto del sol en nuestro cuerpo”, dice Spinoza; pero en el caso de Althusser todo esto no parece tan evidente. En otro lugar de tu investigación también señalas que la libertad de la imaginación lleva a trazar una línea de demarcación en una coyuntura determinada a la usanza althusseriana, pues “coyuntura no es contexto, sino línea de demarcación”, y la coyuntura tiene que ver más con la libertad y la imaginación que con la necesidad y su carácter historizante. ¿Es esto así verdaderamente? ¿La imaginación nos exime de nuestra responsabilidad política? ¿Esto acaso no nos aleja del planteamiento althusseriano que busca el rigor analítico en el momento de comprender y de intervenir en la coyuntura?

JOR: Muy buena pregunta, Alfonso. Me recuerdas la imperiosa necesidad que tengo de volver a la lectura de Spinoza. Cuando leía las memorias de Rossana Rossanda, ella se refería a Althusser de una manera muy simpática, contrastando esa imagen con la del profesor o teórico. De ahí que siempre me haya resultado sugerente el texto de respuesta a las preguntas que la comunista italiana le hizo: “Así las cosas, la idea de que la teoría marxista es algo ‘finito’ excluye totalmente la idea de que sea una teoría ‘cerrada’. Cerrada es, por ejemplo, la filosofía de la historia, ya que en ella se concentra de un modo anticipado todo el curso de la historia. Solo una teoría ‘finita’ puede estar realmente ‘abierta’ a las tendencias contradictorias que descubre en la sociedad capitalista, abierta a su porvenir aleatorio, a las imprevisibles ‘sorpresas’ que no han dejado de distinguir a la historia del movimiento obrero; abierta, y por lo tanto atenta, capaz de tomarse en serio y de asumir a tiempo la *incorregible imaginación* de la historia”. Era esto lo que tenía en mente cuando elegí el título del libro. Porque en mi perspectiva esto resulta la clave para distin-

guir a Althusser de otras variantes. En primer lugar: la declaración de la teoría “finita”, frente a quienes la consideran un nuevo saber absoluto. Después, el porvenir aleatorio, que no es otro que el de la política. Después, el de las sorpresas del movimiento –obrero u otro–, algo que en un país como México nos hace sentido, pues si algo no ha existido es un guion de aquel y cómo supuestamente las clases debieron manifestarse. En fin, este párrafo me resonó mucho tiempo en la cabeza y mostraba la dificultad de lo que tú señalas en la última parte: efectivamente, la intención es siempre intervenir en la coyuntura a partir del análisis detallado, minucioso, pero al no existir garantía de nada, este siempre se encuentra abierto. Creo que en esto Althusser sí era un gran lector de Lenin, pues el “porvenir aleatorio” del que habla no es sino el reconocimiento de que en la *aritmética política* los números no suman nunca igual. Intervención y coyuntura, pues, hacen parte del entramado abierto, en donde no solo la razón sino también la pasión juega; en donde los efectos y los afectos pueden más que los programas y los proyectos.

5. AVS: ¿En qué medida tu trabajo de investigación se aleja de la denominada “historia intelectual”? ¿Cómo se diferencia de ella? Tú señalas que más que realizar una historia intelectual del althusserianismo en América Latina prefieres pensar tu intervención como un ejercicio de “contramemoria”, retomando el planteamiento de Bruno Bosteels; sin embargo, parecería que ese ejercicio de “contramemoria” se convierte en una mera historia intelectual invertida, ya que pretendes recuperar muchos autores en seis países y mostrarlos en sus divergencias y, a veces, extravagancias, sin tomar una postura respecto a quienes consideras más adecuados o más cercanos al pensamiento althusseriano. Parece que no quieres tomar una posición o trazar una línea de demarcación respecto a aquellas lecturas con las cuales tú te identificas más. ¿Estás de acuerdo con esta apreciación? ¿No es un tanto contradictorio, asumiendo una posición althusseriana, eludir la toma de postura para realizar la valoración de autores y tendencias adscritas al althusserianismo?

JOR: Creo que la historia intelectual es un modo pertinente, como lo fue la historia de las ideas (en clave latinoamericanista) en la que yo me formé. Daría un paso atrás: desde mi punto de vista, la historia de la circulación de Althusser es algo así como un *archivo saqueado*, al que hay que reconstruir: imaginemos que llegamos a la escena del robo y nos han dejado solo un desastre, papeles y libros tirados por aquí y por allá. Bueno, pues ahora estamos recogiendo, reordenando, acomodando y desechando después del saqueo. Esto que entrego es el primer intento de reconstrucción de ese archivo: desempolvar libros, buscar por debajo de las pilas de documentos olvidados, rastrear en la memoria de quienes cambiaron de bando. Mi toma de posición es esa: Althusser fue potente y productivo y el “althusserianismo” fue más bien un recurso posterior, para omitir las profundas divergencias que se labraban a partir de motivaciones diversas. Tengo mis autores preferidos en esa estela, el más de todos: Carlos Pereyra, no solo por la cercanía de sus planteamientos sino por cierta “actualidad” y creo que en esto tú y yo coincidimos. No me gusta hablar de “actualidad” como algo *per se* positivo, pero creo que el gesto del análisis en la coyuntura (es decir, inmerso en ella) y no de la coyuntura (como mirador externo) es el más poderoso de todos. Otros autores me parecen altamente productivos, como el caso de Fernando Martínez Heredia o de Saúl Karsz; de algunos más se ha escrito ya hasta la saturación, como lo es el caso de José Aricó. No me pronuncio, porque justamente el esfuerzo fue el de captar la productividad de su esfuerzo en un conjunto de coordenadas que ya no existen hoy.

La manera de exposición no es la más afortunada, pero fue la mejor que encontré. Ello por varias razones, pero tres fundamentales. La primera es, efectivamente, la “sobredeterminación”, es decir, el papel específico de la lucha política en la que emergían estas figuras o posicionamientos y ahí, el peso de lo nacional sigue siendo clave. Tanto es así que aquella historia terminó en muchos países a partir de las improntas golpistas de las burguesías reaccionarias. La segunda es la de la dispersión: el día de hoy nosotros po-

demos pensar los puntos de encuentro, la circulación de lecturas, pero lo cierto es que había pocos puntos de contacto, las motivaciones y las temáticas eran tan diversas que sucumbí a un desarrollo en esquema. La tercera es la reconstrucción del archivo del que hablé antes, existe un acervo muy desigual: lugares en donde la potencia y diversidad era enorme y lugares donde alguien clamaba en el desierto. Muchos de esos materiales eran, no debemos olvidarlo, resultado de un proceso de formación, de una toma de postura. Esto se nota en la búsqueda que tienen, más que en la respuesta. El problema de trabajar con un archivo tan disperso y tan variopinto es que la escritura no aparece tan integrada y tuve que recurrir a la salida que me pareció más lógica.

De nuevo, creo que, en tanto que uno lucha contra sus propios fantasmas, en mi caso pesa mucho la formación en un conjunto de círculos en donde Althusser era o un mal recuerdo o, de plano, lo peor que le había pasado al marxismo. Como ejemplo se puede ver el prólogo a la última edición de *El discurso crítico de Marx*, de Bolívar Echeverría, escrito por uno de sus más brillantes alumnos, un profesor con cientos de seguidores: ahí, increíblemente, Althusser es un “filo-stalinista”. ¡Eso dicho en 2018! El libro en sí mismo es una toma de postura: prefiero la dispersión de una corriente que piensa los problemas de coyuntura a la gran interpretación develada por el “maestro”.

6. AVS: Pienso que la lectura de tu trabajo acaso habría sido más provechosa si hubieras decidido circunscribirte a menos autores, incluso reduciendo aún más los países de elección, por ejemplo, tomar solo los casos de Cuba, Chile, Argentina y México; y esto lo señalo porque llega un momento en que la secuencia de tantos autores y posiciones teóricas y políticas respecto a Althusser llega a ser tan abigarrada que el lector se satura con tanta información e ideas. ¿Cómo valoras este planteamiento? ¿Lo llegaste a considerar?

JOR: Sí, de hecho, gran parte del trabajo previo había rondado en temas específicos. Creo que me ganó el entusiasmo de mostrar que la recepción y circulación de Althusser no se delimitaba a los lugares comunes. Creo que, si hoy tuviera que elegir, definitivamente dejaría fuera la sección de Colombia y Venezuela, que es la más débil frente a otras. Aun así, creo que el trabajo tiene clara la intención de ser más extensivo que intensivo. Aun y con todo esto, debo decir que mucho material quedó fuera de la discusión. Es el caso de la teología de la liberación con autores como Ignacio Ellacuría y Clodovis Boff y, por supuesto, el gigante brasileño. Acepto la crítica, por momentos el libro se puede ir y no quedar claro el lugar de anclaje, pero es que, en gran medida, las múltiples recepciones del francés circulan a partir de formular preguntas, más que respuestas.

7. AVS: Como tú has señalado en *La incorregible imaginación...*, los efectos del pensamiento de Althusser en el espacio teórico del marxismo en América Latina fueron diversos y contradictorios y más que plantear una “lectura correcta” del althusserianismo has preferido mostrar en tu trabajo la pluralidad y el carácter abigarrado de la apropiación que hicieron distintos filósofos de la región para pensar la coyuntura desde diversos flancos y particularidades nacionales, pero también el pensamiento de Althusser tuvo un efecto político que muchas veces no se puede disociar del teórico y, sobre todo, un efecto que se relacionó de manera orgánica con el horizonte abierto por la lucha armada en el continente a través del pensamiento y la práctica política de intelectuales como Debray, Harnecker y Malamud, entre otros. Insistiendo con el planteamiento de la pregunta respecto al título de tu obra, el althusserianismo ciertamente son sus efectos, pero también son sus excesos, ¿no crees que valdría la pena matizar y trazar una línea de demarcación en torno a la cuestión del problema político que supuso la traducción del pensamiento de Althusser en América Latina? ¿No resulta contradictorio no pronunciarse o no tomar una posición respecto a la

traducción o a las lecturas correctas o incorrectas del althusserianismo en América Latina?

JOR: Sin duda, parte del ejercicio de contra-memoria que mencionábamos antes tenía como epicentro el señalar el exceso de la crítica de nuestros días hacia la figura de Althusser: ni fue la única figura, ni eclipsó a otras. Sin embargo, el exceso de Althusser también es claro. Yo lo veo en diversos niveles, el primero es una lectura que no despliega un ejercicio propositivo en otros campos, como, por ejemplo, la crítica de la economía política. Hay una insuficiencia. Por el otro, hay una vuelta en círculos en torno a temáticas que, en cierto grado, solo corresponden al horizonte parisino de la segunda mitad del siglo XX, pero que, por ejercicios propios del eurocentrismo, pronto se trasladan a nuestra realidad. Pero el tema que tocas, sin duda, refiere al problema de la traducción y a cierta desmesura. Es cierto que un segmento de la herencia de Althusser tocó en la perspectiva de la lucha armada y es justo esto lo que el propio francés criticaba al Che: el convertir el método de lucha en un *a priori*. Sobre esto, como bien sabes, hay una cantidad inmensa de literatura, tanto de testimonios como de análisis: la voluntad de esta perspectiva armada se impuso sobre cualquier otra consideración. El supuesto cientificismo no devino en parlamentarismo, sino en privilegio de la voluntad por sobre todos los factores.

8. AVS: ¿Por qué no mencionaste a Pereyra en el bloque de pensadores althusserianos que se opusieron abiertamente a la teoría del foco guerrillero en el continente y rechazaron las tesis de Régis Debray que condujeron al aventurerismo armado y a lo que el filósofo mexicano identificó como “ultraizquierdismo despolitizado” en distintos momentos de su obra, pero, sobre todo en *Política y violencia*, de 1974?

JOR: Tienes toda la razón. Esa omisión es imperdonable, por dos razones. Una primera que tiene que ver con la claridad y potencia de

los argumentos de Pereyra. Ni el propio Lenin –al que tanto admiro, leo y releo– tiene argumentos tan contundentes para desacreditar al ultraizquierdismo. Pereyra logró conceptualizar con claridad esta situación en una época cuando las puertas democráticas estaban cerradas, pero en la que advirtió en el voluntarismo un riesgo enorme. El otro motivo que evidencia mi error es que a diferencia de a quienes opongo a Debray –muchos de ellos dentro de la lucha armada, también– me centro en los más anquilosados. Cuando escribí ese apartado quería contrastar el posicionamiento de Debray con el anquilosamiento de cierto marxismo teleológico. No advirtiendo que era más productivo hacerlo con alguien que incorporaba plenamente a Althusser –y Poulantzas– de manera central. El error está ahí y haces muy bien en señalármelo.

9. AVS: ¿Cuál es el porvenir de Althusser en América Latina? ¿El porvenir es largo?

JOR: Ese fue el título que elegí para una aproximación a Althusser en México que nunca se publicó. “El porvenir fue largo” titulé una intervención en un coloquio de investigación de una institución universitaria, la cual prometía publicar las memorias, pero esto no ocurrió. Creo que en todas y todos los que abordamos la obra de Althusser siempre se encuentra la tentación de nombrar a un texto de esta manera. Creo que tenemos que aceptar el cambio de coyuntura. No nos encontramos más en la época del marxismo considerado como el arma fundamental del proletariado, ni mucho menos. Lejos estamos ya de las coordenadas de la izquierda principista del siglo XX. Hoy hay tantas cosas tan revueltas y tan confusas, que la izquierda debe asumir que su posicionamiento siempre es tal advertido por la coyuntura. Izquierda es más una posición que un principio, y las posiciones cambian. Así, creo que la minoritaria izquierda marxista tiene dos posibilidades de salir adelante. Una más anclada en la perspectiva del siglo XX se aferró a Gramsci. El italiano fue el pensador más influyente después de la caída del Muro y el colapso

del socialismo. No es para menos, con Gramsci aún podemos soñar el reestablecimiento de las coordenadas previas y pensar en un gran proyecto. La otra es Althusser. Y ahí creo que el porvenir es largo en América Latina, porque larga e interminable es la lucha. Un inacabado proceso de democratización se muestra permanentemente. Althusser es en muchos sentidos un pensamiento de la derrota estratégica: no aspiramos más a la redención, el mesianismo, el paraíso (de los trabajadores) en la tierra. Pero es también el pensamiento de la intervención táctica y donde cada coyuntura es una posibilidad, un tiempo abierto, una dislocación, una posibilidad de agrietar la muralla. El porvenir es largo porque finiquitado el tiempo de las perspectivas teleológicas –salvo quizá para las diversas sectas–, no nos queda otra que aceptar que en el aquí y en el ahora hay debates y combates tanto o más importantes.

10. AVS: ¿Qué es lo que sigue para tu intervención teórica en el futuro inmediato?

JOR: Mi proyecto tiene varios caminos. Por un lado, la reconstrucción de los márgenes del marxismo latinoamericano. Salir de los lugares más visitados, vueltos ya un cierto canon: Mariátegui, Sánchez Vázquez, Aricó, Echeverría; yo mismo he visitado constantemente a esos autores y en *Leer El capital, teorizar la política* (Ortega, 2018) ajusté cuentas con una parte. Me interesa mucho continuar con aspectos menos trabajados. El proyecto es realizar la historia de la recepción de *El capital*, tratando de continuar y darle vuelta a lo que Horacio Tarcus comenzó ya. Tengo en la mira puntos ciegos del marxismo latinoamericano: la perspectiva “praxeológica” de Osvaldo Fernández; la obra de Tomás Moulian; los menos conocidos fuera de Ecuador: René Baez, Fernando Velasco y Manuel Agustín Aguirre; la perspectiva de análisis de la coyuntura de Núñez Tenorio en Venezuela. Este registro incluye trabajar revistas como *Historia y Sociedad* en su segunda época, la peruana *Sociedad y Política* y la uruguaya *Cuadernos de Marcha*. El otro camino es el de la histo-

ria de la izquierda. Siguiendo la idea de mi amigo Bruno Bosteels, quiero considerar el lugar de la comuna en la izquierda, a partir de una narrativa explorada: la literatura de viajeros latinoamericanos a la China popular. Hicimos una propuesta de antología –con Víctor Pacheco y Javier Sainz– de viajeros mexicanos a China, que es un material muy rico y diverso. También hay un proyecto para realizar acercamientos a los años treinta, tanto del lado del Partido Comunista como de los socialistas que estaban fuera del partido y pensaron la cuestión agraria. Aunque en términos de la historia de la izquierda mexicana me interesan los años de la “izquierda cercada”, es decir, los cincuenta. Estoy siguiendo en este campo dos revistas: *Guión e Índice*, que analizaron la coyuntura de aquella época. En términos de teoría y filosofía, quiero seguir la línea de la construcción de Althusser respecto a la de Lukács. Sostengo que a partir del francés se puede hacer una crítica del sectarismo metodológico en el que el húngaro metió al marxismo. Pero también quiero ampliarlo para pensar la relación entre Althusser, Poulantzas y Bettelheim sobre la primacía de las relaciones sociales sobre las fuerzas productivas. Este tema me parece fundamental para pensar la actual crisis civilizatoria, en la cual el cambio climático es solo una pequeña porción. Superar el estatuto de las fuerzas productivas técnicas y anclar en un horizonte estratégico a las relaciones sociales.

Finalmente, la coyuntura. Vivimos un tiempo intenso y no solo interesante. Los cambios que promete la Cuarta Transformación están ahí, haciendo rechinar el aparato estatal y a un conjunto amplio de la clase todavía dominante. Me interesa captar la manera en que Andrés Manuel López Obrador está encabezando la disputa por el excedente y seguir las pugnas en torno al grupo más de izquierda dentro del gobierno, quienes están siendo víctimas de una terrible campaña de *fake news*. Me parece que este periodo para México puede ser el de una radical transformación de las relaciones de fuerza y del escenario en el que se dispone la lucha política. Afortunadamente existe una amplia colaboración y redes de trabajo. Con Víctor Hugo Pacheco y Javier Sainz, el tema de los viajeros. Con

mi compañera, Diana Méndez, y el investigador Juan de la Fuente, los atisbos del pensamiento agrario de los años treinta. Con Elvira Concheiro y José Gandarilla trabajamos temas relacionados con el marxismo latinoamericano. Es a todas y todos ellos a quienes debo poder estar de pie.

2. ALTHUSSER Y LA LUCHA POLÍTICA EN LA TEORÍA

Para Althusser, la teoría no es ese “campo de batalla hecho expresamente para ejercitar en asaltos sus fuerzas, en donde nunca ha adquirido uno de los combatientes el más reducido terreno para edificar con alguna duración el fruto de su victoria”, como decía Kant (1997, p. 19) refiriéndose a la metafísica y a sus inacabables y estériles disputas. De acuerdo con el autor de *La revolución teórica de Marx* (2011) y de *Para leer El capital* (2008), el campo por excelencia en donde se define fundamentalmente el eslabón decisivo de la lucha política, inesperadamente, es el de la filosofía.

Y si esto es así, se debe a que la filosofía, de acuerdo con Althusser, es el campo de batalla en donde se confrontan a muerte las distintas concepciones del mundo, y estas a su vez no son posturas inocentes o neutrales, sino que son las representaciones de las posiciones de clase en el ámbito de las ideologías prácticas.

Por esta razón, la filosofía se halla profundamente vinculada con la política, ya que su destino no es el de ser un saber más, sino que es un tipo de saber *sui generis* que tiene por objeto conseguir una transformación cualitativa en el orden del conocimiento; es decir, tiene como principal finalidad producir un conocimiento nuevo y a la vez triturar aquello que ostentándose como tal no lo es,

consiguiendo con esta operación suministrar de elementos teóricos a la concepción científica con la que se fundamentará la práctica política que lleve a cabo la transformación social.

La filosofía, para Althusser, no es más que la continuidad de la lucha política –que siempre es lucha de clases– por otros medios, es decir, “la lucha filosófica es un sector de la lucha de clases entre las concepciones del mundo” (Althusser, 1981, p. 9).

Así, pues, si algo persiste aún en el ya largo porvenir de la filosofía althusseriana en nuestros días es, entre otras cosas: I) la aseveración de que la filosofía es fundamentalmente política; II) que esta tiene un vínculo estrecho con la ideología, y III) que la batalla fundamental de la filosofía se libra entre la ciencia y la ideología. También, IV) que la teoría en general es “una forma específica de la práctica, perteneciente también a la unidad compleja de la práctica social de una sociedad determinada” (Althusser, 2011, p. 137); es decir, la teoría se concibe esencialmente como “práctica teórica”.

Esas afirmaciones hechas por Althusser desataron en los años setenta, y aún en los ochenta –en algunas ocasiones las sigue provocando hoy día–, las polémicas más incendiarias y más feroces entre los profesores de filosofía y los militantes de la izquierda no solo de México y de la universidad, sino de una gran parte de América Latina y el resto del mundo.

Porque si algún pensador influyó de una manera tan notable en la región latinoamericana fue indudablemente Althusser, quien con su interpretación del pensamiento de Marx y su consigna de leer *El capital*, inyectó con un poderosísimo aliento el desarrollo de las luchas políticas e intelectuales entre propios y ajenos.

Cesáreo Morales ya ha hablado del contexto histórico y la recepción del althusserianismo en México, mismo que se caracterizaría, según su diagnóstico, por una primera época de aparición y difusión, que va de 1965 a 1974, durante la cual llegarían los primeros libros de Althusser a las manos de Adolfo Sánchez Vázquez y comenzarían a traducirse *Pour Marx y Lire Le Capital*, por Marta Harnecker en la editorial Siglo XXI; una segunda, de 1975 a 1978,

de planteamiento de problemas y de fundación de seminarios y de círculos de cultura; y una etapa final, de 1978 a 1981, de “secularización del marxismo”,¹ cuando se le aborda como un pensamiento estricto para analizar y explicar con rigor los problemas de la realidad social mexicana (Morales, 2007, pp. 73-87).

Al althusserianismo se debe, fundamentalmente en México, el desarrollo teórico de la filosofía política como campo disciplinario, la profundización del estudio sobre los fundamentos del Estado y la conceptualización teórica de la democracia, entre otras tantas aportaciones.

Esto lo hizo posible debido a que, con un mayor rigor, permitió el análisis y la crítica desde el marxismo de las más diversas posiciones teóricas que daban cuenta del fenómeno de la política, primero revisando con un enfoque crítico el pensamiento del propio Marx y contrastándolo con otro tipo de corrientes filosóficas; esta reflexión, a la vez, llevó a los althusserianos mexicanos –como Carlos Pereyra y otros– a realizar una profundización del análisis de la naturaleza del Estado emanado de la Revolución de 1910 y a valorar la pertinencia de la democracia política como proyecto por realizarse en México.

En el plano práctico o político, el pensamiento de Louis Althusser también contribuyó a que buena parte de la izquierda mexicana de los años setenta y ochenta se haya decidido por transitar del espontaneísmo y voluntarismo de los movimientos sociales de finales de los sesenta a la construcción de organizaciones y partidos políticos con la finalidad de luchar de manera abierta por el poder para construir un proyecto socialista y democrático.

Algunos podrían pensar en otras vertientes de su influjo, como puede ser el de la lucha armada, pero yo considero que la más importante, al menos en México, fue la que desembocó en la reflexión

¹ Cesáreo Morales señala que el desencuentro del pensamiento de Althusser con la ortodoxia marxista enfrentó al filósofo francés con las propuestas teóricas de pensadores como Lefebvre o Lukács, es decir, esa relación conflictiva generó situaciones inesperadas que “obligaban a pensar el marxismo en otra forma: no como una religión sino como un pensamiento estricto”.

sobre la política y la práctica política misma, y el examen y valoración de la democracia.

Esto es importante remarcarlo porque quizá ningún otro pensador haya provocado tantas pasiones como lo hizo Louis Althusser en aquellas décadas: sus posiciones teóricas –su lucha política en la teoría– respecto al pensamiento de Marx, por ejemplo, fueron severamente cuestionadas, como él mismo lo expone en el artículo *Sobre la dialéctica materialista*. En él, afirma que esas críticas se formularon a través de dos reproches esenciales: en primer lugar, “el haber puesto el acento en la discontinuidad que separa a Marx de Hegel” (Althusser, 2011, p. 133), es decir, el evidenciar la diferencia específica de la dialéctica marxista y su respectivo alejamiento de la dialéctica hegeliana; y, en segundo lugar, “el haber sustituido la concepción monista de la historia por una concepción pluralista, al proponer el concepto de contradicción sobredeterminada” (Althusser, 2011, p. 133).

Esas posturas respecto al pensamiento de Marx, que lo evitaban hacer caer en un tosco reduccionismo economicista o en una mera reproducción del pensamiento dialéctico hegeliano sin indicar su radical diferencia, lo llevaron a realizar una serie de distinciones conceptuales para explicar lo que, a su juicio, constituiría una “ruptura epistemológica” (Althusser, 2011, p. 137) –expresión proveniente de Gaston Bachelard y que, de acuerdo con Althusser, aludía al trabajo de transformación teórica que se operaba sobre una materia prima dada, que suponía representaciones o conceptos, y a partir del cual se constituía un corte en el campo del conocimiento que daba lugar a uno nuevo y mejor fundamentado–; en este caso, entre Marx y Hegel, y entre la propia obra de Marx a partir de la publicación de *El capital* en 1867.

Lo primero que señala Althusser es que esas cuestiones en realidad son problemas teóricos y que ello “implica que su solución teórica debe dar un conocimiento nuevo, ligado orgánicamente a los otros conocimientos de la teoría marxista” (Althusser, 2011, p. 134). Igualmente, indica que afirmar que un problema es teórico

significa reconocer una dificultad que no es imaginaria sino real, y que se manifiesta bajo cierto tipo de condiciones, como son el campo de conocimientos en el cual se sitúan el problema y los conceptos requeridos para plantearlo.

En ese sentido, para Althusser, la teoría tiene que determinar con rigor su objeto de estudio para de ese modo realizar su práctica, ya que la teoría es esencialmente “práctica teórica”. Aquí, se puede observar que el concepto decisivo para comprender el concepto de teoría es el de práctica, por lo que Althusser define de manera provisional a la práctica del siguiente modo:

Por práctica en general entenderemos todo proceso de transformación de una materia prima dada determinada en un producto determinado, transformación efectuada por un trabajo humano determinado, utilizando medios de “producción” determinados. En toda práctica así concebida el momento o el elemento determinante del proceso no es la materia prima ni el producto, sino la práctica en sentido estricto: el momento mismo del trabajo de transformación, que pone en acción, dentro de una estructura específica, hombres, medios y un método técnico de utilización de los medios. Esta definición general de la práctica encierra en sí la posibilidad de la particularidad: existen prácticas diferentes, realmente distintas aunque pertenecientes orgánicamente a una misma totalidad compleja (Althusser, 2011, p. 136).

De este modo, Althusser distingue cuatro grandes modalidades de la práctica en general, es decir, de la práctica social: por un lado, a) la práctica de la producción a través de la cual se transforma la naturaleza y se obtienen cierto tipo de productos para satisfacer las necesidades humanas; b) la práctica política, que busca, desde la perspectiva marxista, transformar las relaciones sociales; c) la práctica ideológica, cuya acción transforma la conciencia de los hombres en todos los ámbitos, y los cuales pueden ser religiosos, artísticos, jurídicos, entre otros; y, por último, d) la “práctica teórica”, que tiene como finalidad la transformación de conceptos, representaciones y hechos.

La “práctica teórica”, para Althusser, a diferencia de otro tipo de pensadores como Adolfo Sánchez Vázquez (Sánchez Vázquez, 2011, pp. 263-285),² forma parte de la práctica en general, es decir, es una de sus modalidades particulares o específicas, ya que trabaja sobre una materia determinada –como el resto de las demás prácticas–, y su materia prima no es otra cosa que los conceptos, las representaciones y los hechos. Además, como ya se señaló anteriormente, lo decisivo para determinar a una acción como práctica no es tanto el resultado final, sino el proceso mismo, lo que justificaría para Althusser que la “práctica teórica” estuviera plenamente reconocida como una modalidad de la práctica en general.

Ahora bien, la “práctica teórica”, para Althusser, en su forma más general también es práctica ideológica, y en su forma más restringida es práctica científica. Toda “práctica teórica” será, de manera más específica, una práctica científica que tenga por finalidad transformar en conocimiento el producto ideológico de las prácticas empíricas, aunque podrá existir una teoría general, o teoría de la práctica en general, que sería para Althusser la dialéctica materialista o el denominado “materialismo dialéctico”.

Esta teoría general se elabora a partir de las prácticas teóricas existentes, las cuales se conciben fundamentalmente como intervenciones en la ideología para obtener de ella ciertos productos que la superen e, incluso, la supriman.

De esta forma, se perfila en el pensamiento de Althusser una brecha entre ciencia e ideología, que precisará con mayor claridad en la famosa entrevista que le hiciera el periódico *L'Unità*, órgano de difusión del Partido Comunista Italiano en 1968, y que aparecería como texto introductorio en *Para leer El capital*, en la edición de Siglo XXI en México. Me refiero al texto *La filosofía como arma de la revolución*.

² Para Adolfo Sánchez Vázquez “toda *praxis* es actividad, pero no toda actividad es *praxis*”. Las únicas actividades, o *praxis*, que transforman la realidad social y natural son: la *praxis* productiva o económica, la *praxis* política, la *praxis* científica y la *praxis* artística.

Ahí, de manera más precisa, el autor expone que la filosofía es la continuación de la lucha de clases en la teoría y que su función práctica consiste en “trazar una línea de demarcación” (Althusser, 2008, p. 165) entre las ideas verdaderas y las ideas falsas, a la manera en que también en el campo de la política se traza una línea de demarcación, como sostenía Lenin, entre aliados y enemigos de clase. Es decir, la filosofía marxista tendría como principal propósito realizar una intervención teórica de carácter analítico y crítico en aquellos conceptos que se presentan en las demás filosofías ideológicas, con la finalidad de transformarlos en otros conceptos que puedan ser articulados con el conocimiento científico de la historia de las formaciones sociales, a saber, el materialismo histórico.

Por ello, la principal función de la filosofía, o del trabajo teórico, particularmente de la filosofía marxista, no es otra que la crítica racional y rigurosa de los conceptos y, a la par, la desmitificación y trituración de las ilusiones ideológicas. Los productos de esta intervención teórica no solo serán meros “enunciados teóricos”, sino un conocimiento nuevo y la destrucción de las aproximaciones y mitos ideológicos.

Sobre esto señala Althusser:

Este simple enunciado teórico de una solución existente en estado práctico no se produce por sí solo: exige un trabajo teórico real que, no sólo elabora el concepto específico o conocimiento de esa solución práctica, sino que además destruye realmente, a través de una crítica radical (llegando hasta su raíz teórica), las confusiones, ilusiones o aproximaciones ideológicas que puedan existir. Este simple “enunciado” teórico implica, por lo tanto, al mismo tiempo, la producción de un conocimiento y la crítica de una ilusión (Althusser, 2011, p. 135).

Por otro lado, para Althusser, la filosofía siempre se halla ligada a las ciencias, puesto que la aparición de un nuevo continente científico en una época histórica determinada propicia el surgimiento de una filosofía específica. Por ejemplo, el continente de la matemática abierto por los griegos determinó la filosofía de Platón; el

continente de la física propició la aparición de la filosofía cartesiana y, finalmente, el continente de la historia, fundado por Marx, hizo surgir la filosofía del materialismo dialéctico.

De esta manera, para Althusser toda teoría en general, o todo dominio teórico, se caracteriza por presentar siempre dos aspectos diferenciables: una ciencia y una filosofía. En el caso de la teoría marxista, la ciencia la constituye el materialismo histórico y la filosofía, el materialismo dialéctico.

Ahora bien, las posiciones de clase que se enfrentan en la lucha de clases, o en la lucha política, se representan en el plano de las ideologías prácticas como concepciones del mundo y estas, a su vez, se representan como filosofías en el campo de la teoría; por lo que en ese ámbito, la filosofía del materialismo dialéctico tendrá que enfrentarse a todas las otras filosofías, con el propósito de obtener de ellas los elementos teóricos que puedan ser aprovechados por el materialismo histórico y, de ese modo, ganarle la partida a las otras representaciones de las concepciones del mundo en el campo de batalla teórico.

Por esa razón, para Althusser, la filosofía es fundamentalmente política y puede convertirse en arma de la revolución, esto es, en un instrumento de la transformación social. La filosofía, así, libra su batalla entre la ideología y la ciencia. La ideología es el terreno de las concepciones del mundo y de sus representaciones filosóficas, mientras que la ciencia es el ámbito del materialismo histórico, el cual junto con los elementos que le suministre la filosofía se articulará con los movimientos sociales y populares para impulsar el cambio de la sociedad, ya que sin teoría revolucionaria, de acuerdo con Althusser, no hay movimiento revolucionario, y “sin movimiento revolucionario no hay teoría revolucionaria, sobre todo en filosofía” (2008, p. 167).

De este modo, se enlazan las dos tesis más relevantes del pensamiento althusseriano: I) la filosofía es fundamentalmente política, y II) la filosofía se halla ligada orgánicamente con las ciencias. Esta articulación tiene como propósito conformar el aparato teórico con el que el movimiento obrero revolucionario se organizará y podrá

llevar a cabo una acción política más consciente y más eficaz que le permita el pleno cumplimiento de sus objetivos. En ese proceso, la “práctica teórica” es sumamente importante porque a través de ella será posible evitar desviaciones o errores que pudieran llevar al movimiento obrero a derrotas políticas, ya que la lucha por una palabra o por un matiz tiene consecuencias decisivas en el ámbito de la práctica política. Por ello, concluye Althusser de manera elocuente:

La filosofía, incluso en sus largos trabajos teóricos de carácter más abstracto, más difícil, se bate al mismo tiempo por las palabras: contra las palabras-mentiras, contra las palabras equívocas; por las palabras justas. Se bate por “matices”. Lenin ha dicho: “Hay que ser miope para considerar como inoportunas o superfluas las discusiones de fracción y la delimitación rigurosa de los matices. De la consolidación de tal o cual ‘matiz’ puede depender el futuro de la socialdemocracia rusa durante mucho tiempo, durante muchos años”. Este combate filosófico sobre las palabras constituye una parte del combate político. La filosofía marxista-leninista únicamente puede realizar su trabajo teórico, abstracto, riguroso, sistemático si se bate también por palabras muy “científicas” (concepto, teoría, dialéctica, alienación, etc.) y por palabras muy simples (hombre, masas, pueblo, lucha de clases) [...] La lucha de clases y la filosofía marxista-leninista se hallan unidas como los dientes y los labios (Althusser, 2008, pp. 166-167).

Althusser, desde luego, no ha sido el único que ha puesto el énfasis en concebir la teoría como la continuación de la política por otros medios. Antes de él, por mencionar a algún pensador, ya se encontraba Carl Schmitt, quien en su libro *El concepto de lo político* (1932) señaló con claridad que la filosofía era un campo en el cual no podían existir posiciones neutrales (Schmitt, 2014, pp. 88-99); y después de él todos los que recibieron el influjo althusseriano, como Carlos Pereyra, quien decía en *Política y violencia* (1974) que “la violencia es la continuación de la ideología por otros medios” (Pereyra, 2010, p. 40), ya que cuando los efectos de control social que propician los denominados también por Althusser “aparatos

ideológicos” de Estado no son suficientes, se hace uso de manera abierta de la violencia política represiva.

¿Es válido, entonces, hablar aún de lucha política en la teoría? Pienso que sí, independientemente de estar o no de acuerdo con los argumentos de Althusser para sustentar la tesis de que la filosofía es fundamentalmente política, hay que explicar que la filosofía al no ser producida en un espacio vacío, sino en una realidad social conflictiva y signada por múltiples y contradictorios intereses, no solo presenta una dimensión epistemológica o ideológica, también ostenta una dimensión social y política que reclama tomar una postura para afrontar con inteligencia y con arrojo otras posiciones teóricas, con la finalidad última de vincularse con los problemas de nuestro tiempo.

Quizás en eso consista la gran lección de Louis Althusser: en concebir a la teoría como práctica, a la filosofía como una intervención política en la coyuntura, con la suficiente potencia teórica para analizarla y clarificarla y, así, realizar una crítica rigurosa con la cual se busque incidir en la realidad social. Hoy, más que nunca, el porvenir de la filosofía exige su vinculación con los problemas sociales y políticos de nuestro presente, tal como lo proclamaba el pensador francés hace más de 50 años.

3. CONTRA LA PANDEMIA: LA ESTRATEGIA DEL NACIONALISMO POPULAR DEMOCRÁTICO DE LA 4T

I. NO HAY MEDIO MÁS EFICAZ QUE EL MIEDO

Decía Spinoza, citando a Quinto Curcio, que no hay medio más eficaz para controlar a la muchedumbre que el miedo (Spinoza, 2003, p. 64). En efecto, si el objetivo de un gobierno es inmovilizar a una población para que cumpla de cualquier modo posible con ciertas disposiciones emitidas para garantizar su seguridad en alguna situación de normalidad o emergencia, entonces el recurso al temor parece ser el instrumento más idóneo para conseguirlo. Sin embargo, muchas veces el miedo no es suficiente para alcanzar tal propósito, también se requiere el uso de la fuerza para que aquel pueda ser cumplido sin mayor demora. En ese mismo orden de ideas, se podría objetar que ningún régimen político ha prevalecido con un continuo uso de la fuerza ni valiéndose del miedo como vehículo exclusivo para el control de la población: la estrategia basada en la violencia represiva establece sus propios límites.

En los tiempos de las democracias políticas no se ha presentado una ruptura tan significativa en el momento de hacer frente a este

tipo de problemáticas. Parecería que estos regímenes, por definición, buscarían apoyarse en la población mediante el consenso o la persuasión antes que recurrir a una maniobra de carácter represivo; sin embargo, la experiencia histórica ha mostrado que están igualmente dispuestos a recurrir al uso de la fuerza y el miedo para conseguir objetivos definidos como prioritarios en el orden de la seguridad o la salud pública.

Esta cuestión lleva a la reflexión acerca de qué es lo que distingue entonces a un gobierno democrático de otro que no lo es, porque en situaciones de emergencia, todos los regímenes políticos democráticos tienden a apelar al denominado estado de excepción, mismo que, por otro lado, se encuentra plenamente instituido en sus respectivos textos constitucionales, previniendo situaciones extraordinarias que pudieran poner en peligro a la población o a las instituciones públicas.

Esto, desde luego, no es algo cuestionable: más allá de la forma o especificidad de un determinado régimen político, lo que justifica su existencia como tal es fundamentalmente la preservación del Estado como unidad política en la que se expresa la determinación de una nación por conservarse en su ser.

Así pues, a pesar de que los regímenes políticos democráticos cuenten con esa facultad constitucional para decretar un estado de excepción, no cualquiera de ellos se encuentra en condiciones reales de instrumentarla para imponer la inmovilidad absoluta de sus habitantes y paralizar de manera total al conjunto de sus actividades económicas. Para que esto sea posible, se requiere una estructura institucional y económica sumamente eficaz para cubrir todos los flancos de la seguridad nacional y garantizar el sustento alimentario de la población durante el tiempo en el que se ejerza el decreto de excepcionalidad; algo parecido a lo que hacían las ciudades o reinos medievales ante un asedio prolongado por hordas invasoras.

Por esa razón, más allá de los principales rasgos a través de los cuales se diferencie un régimen democrático de otro de carácter autoritario, es imprescindible reconocer que el recurso al estado de

excepción depende de manera directa del nivel de consolidación de un Estado nacional y del nivel de homogeneización social y económica que su población presente.

Frente a una pandemia global que pone en riesgo la salud de las poblaciones de los distintos Estados nacionales no existe una estrategia única ni un modelo universal para combatirla. En primer lugar porque es un fenómeno completamente nuevo e inesperado, y aun cuando se tenga registro de otras pandemias similares en el mundo desde hace aproximadamente 500 años, las circunstancias específicas en que se da la del covid-19 en el siglo XXI, la hacen por completo diferente.

Otra razón por la cual no hay un modelo único a seguir estriba en que todas las estrategias para combatirla tienen que ajustarse a las condiciones específicas de cada país, las cuales muchas veces no solo son distintas a las de otros, sino que constituyen casos completamente antitéticos por sus respectivos desarrollos históricos e institucionales.

II. LAS DEMOCRACIAS POLÍTICAS REALMENTE EXISTENTES Y EL COMPONENTE NACIONAL-POPULAR DE LA 4T

En el caso de México, la crisis sanitaria desatada por la pandemia global del covid-19 ha sido afrontada con una estrategia clara desde el momento en que se supo de la propagación del coronavirus en el resto del mundo. Si algo distingue al gobierno encabezado por Andrés Manuel López Obrador es un vigoroso componente nacional-popular que ha sido el sustento de la gran movilización social-electoral que lo llevó al poder en julio de 2018. La Cuarta Transformación que dirige no solo rechazó desde un primer momento la posibilidad de recurrir al estado de excepción o toque de queda en México, trazando con ello una línea de demarcación ante países europeos con regímenes políticos democráticos, como Italia o España, sino que también resistió a la presión estadounidense

para paralizar las actividades económicas y cerrar completamente las fronteras.

Esto lleva a pensar que, si bien es cierto que los regímenes políticos democráticos tienen la facultad constitucional de imponer un estado de excepción en situaciones de crisis, no todos recurren a su operación, no solo por las condiciones sociales e institucionales en las que se encuentran, sino también por la naturaleza de los componentes fundamentales que integran sus respectivos gobiernos y que definen con firmeza sus tendencias y decisiones políticas.

No es lo mismo, por ejemplo, el caso del gobierno democrático de México con una composición nacional-popular fuerte que el de las democracias políticas europeas con un sustento popular débil, como España, donde el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), de manera desesperada y para evitar la incorporación al gobierno de la agrupación nacionalista Vox –a la que considera como un partido de “extrema derecha”–, decidió formar un gobierno de coalición con Podemos, cuya ideología izquierdista más cercana a posiciones infantilizadas –como decía Lenin– no solo ha sido un obstáculo a la hora de marcar una postura clara respecto a las prioridades públicas, sino que junto con la indecisión de Pedro Sánchez (presidente del gobierno) fueron incapaces de articular una respuesta coherente al problema de la pandemia; o de Italia que, al no contar con ninguna fuerza política significativa en la composición de su gobierno, minimizó el brote infeccioso que finalmente terminó rebasando a todas sus instituciones de salud.

Tampoco es similar al caso de Donald Trump, quien con una errática posición frente al virus que osciló entre la subestimación y la adopción tardía de medidas extremas, ejecutó una fallida estrategia para frenarlo y que lo ha puesto en una coyuntura delicada frente a las elecciones de renovación del mandato presidencial de Estados Unidos de América (EE. UU.).

Asimismo, se puede observar a países democráticos como Alemania, cuya composición liberal de su gobierno, aunado a una estructura institucional fuerte y con un elevado nivel de educación

de sus ciudadanos, optó por una estrategia de combate al virus más relajada aunque enmarcada en una fuerte disciplina; y se contrasta con Francia, donde el gobierno liberal de Macron decidió recurrir a medidas extremas de aislamiento social reforzadas por la vigilancia de la fuerza pública, a pesar de contar con los recursos para afrontar la situación de crisis como Alemania. Finalmente está el ejemplo de la nacionalista Gran Bretaña de Boris Johnson, aunque sin un arraigo popular tan decisivo como en México, que apostó por la estrategia de la inmunidad colectiva y a la que terminó desechando al quedar infectado por el virus el propio primer ministro.

Con estos ejemplos, observamos una composición variada en los distintos regímenes democráticos de Occidente: unos acusan una ideología liberal articulada con una estructura institucional fuerte y con un elevado nivel de educación, mientras que otras muestran una tendencia nacionalista, aunque conservadora en lo económico y lo social; o gobiernos débiles con una ideología de izquierda difusa que se ven obligados a realizar coaliciones con otros partidos igual de extraviados ideológicamente y sin una implementación popular.

III. EL NACIONALISMO POPULAR DEMOCRÁTICO Y EL VECTOR AMLO

México es una excepción en todos los regímenes políticos democráticos a los que nos hemos referido. El componente nacional-popular del gobierno de Andrés Manuel López Obrador ha sido decisivo en el momento de definir una estrategia para combatir el virus, así como para impulsar un programa de reactivación económica que privilegia a los sectores más vulnerables de la población y que constituyen la razón de ser de su proyecto político.

Este componente fundamental que no presenta ningún otro gobierno democrático en la actualidad, es la herencia del nacionalismo revolucionario: la ideología política que insufló de sentido

histórico al régimen emanado de la Revolución mexicana de 1910 y que orientó el programa social de la Constitución de 1917, el cual, a su vez, fue el resultado de la participación decisiva de las masas campesinas y obreras.

Esas masas trabajadoras que protagonizaron el movimiento revolucionario fueron incorporadas de lleno a la toma de decisiones del Estado mexicano en el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940), mediante su organización sectorial y el otorgamiento de posiciones a sus cuadros dirigentes en distintos espacios del sistema político (congreso, gubernaturas, aparato administrativo, entre otros), sellando con ello una alianza duradera que fue el sustento del régimen posrevolucionario y que se mantuvo vigente prácticamente a lo largo de todo el siglo XX.

Este componente nacional-popular le permitió al régimen de la Revolución mexicana no solo contar con una legitimidad política sin precedente en la historia del país, sino también avanzar en cuestiones estratégicas para la consolidación de su proyecto histórico: la nacionalización del petróleo y una política exterior independiente, así como un desarrollo económico sostenido durante tres décadas que, a pesar de la desigual distribución de la riqueza producida, benefició en términos reales a la población trabajadora, además de crear instituciones educativas, de seguridad social y salud pública que todavía prevalecen y son la piedra angular para el combate del virus.

El régimen político de la Revolución mexicana entró en crisis por la contradicción en la que basaba su funcionamiento: al impulsar el desarrollo capitalista en el país apoyado principalmente por la estructura corporativa de masas creada en los años treinta por Cárdenas, terminó consolidando como grupo dominante al sector financiero de la burguesía nacional. Este, al tratar de incrementar sus privilegios mediante una aceleración de la lógica de acumulación del capital, se percató de que el principal obstáculo para ello era el compromiso asumido por el Estado con las masas trabajadoras organizadas sectorialmente, por lo que buscó liquidar a toda costa ese

pacto social mediante la intensificación de una lucha política por la conducción del Estado, dentro y fuera del sistema político.

Es en ese momento que surgen con mayor claridad las dos tendencias que disputaron el rumbo de la nación durante los años ochenta: el nacionalismo revolucionario, que buscaba mantener vigente el componente nacional-popular del Estado mexicano, y la corriente del neoliberalismo que intentaba limitar al máximo el influjo del pacto social de la Revolución y aliarse con los sectores del capital financiero.

Finalmente, la tendencia neoliberal se impuso y desplazó la alianza que sostenía el Estado con los sectores populares por un contubernio con los dueños del capital financiero: terminó por liquidar lo que quedaba del régimen de la Revolución mexicana y le abrió paso a una serie de gobiernos neoliberales que impidieron a toda costa el regreso del componente nacional-popular en la toma de decisiones del propio Estado mexicano a lo largo de aproximadamente 36 años.

Las centrales obreras y campesinas que sustentaron el pacto corporativo del régimen de la Revolución mexicana no se democratizaron y hoy continúan, en su gran mayoría, con dirigencias obsoletas y corruptas que impiden la plena libertad sindical de las bases trabajadoras, indispensable para reorganizar al movimiento obrero y hacer valer su fuerza en la toma de decisiones; no obstante, surgieron tendencias democráticas que lucharon por la reestructuración de sus organizaciones y que al no lograrlo, se aliaron con otros grupos y corrientes políticas del bloque dominado de la sociedad civil para impulsar un proceso de democratización en todo el país. A ellas se sumó la corriente del nacionalismo revolucionario, derrotada por el neoliberalismo en 1988, y la cual fue el eje de una nueva articulación democrática y popular que finalmente llevó al poder a Andrés Manuel López Obrador en 2018. Esta nueva alianza democrática entre el nacionalismo revolucionario y las organizaciones sociales y populares significó una reconversión histórica del nacionalismo-popular existente en México.

Este nuevo nacionalismo-popular democrático ha impregnado, sin duda, las decisiones fundamentales respecto al manejo de la pandemia y de la economía en el país. Es cierto que desde el 1.º de diciembre de 2018, el gobierno que encabeza López Obrador comenzó a tomar acciones para blindar a los sectores populares, relegados en el periodo neoliberal, mediante una serie de ambiciosos programas sociales que han sido ya elevados a rango constitucional. Con ello el gobierno de la Cuarta Transformación se adelantó a cualquier catástrofe sanitaria y económica, y optó por una estrategia congruente con su composición nacional-popular y democrática que no coarta las libertades, no suspende las garantías individuales y no se vale del uso político del miedo y la represión policiaca para amedrentar a la población. Por el contrario, en abierto contraste con las supuestas naciones occidentales más avanzadas en materia de democracia política, en México se han seguido manteniendo las libertades políticas, de tránsito, de reunión y de asociación —estas dos últimas aun de manera virtual o en espacios que no excedieran las cien personas— y se apeló a la libertad de conciencia y a la responsabilidad de los ciudadanos para evitar que la pandemia se expandiera a lo largo y ancho del territorio nacional.

En efecto, esta estrategia hubiera sido impensable en el periodo neoliberal, concretamente en los sexenios de Carlos Salinas de Gortari, Ernesto Zedillo, Vicente Fox, Felipe Calderón y Enrique Peña Nieto, quienes siempre recurrieron a la violencia represiva y al uso político del miedo no únicamente para controlar a la población, sino para diezmarla. Esos gobiernos no solo derrotados moral sino también políticamente, carecían de la legitimidad democrática con la que cuenta en abundancia el liderazgo nacional-popular del presidente López Obrador, y, como decía un lúcido Carlos Pereyra: cuando un gobierno no cuenta con la legitimidad suficiente, lo que de verdad pierde es poder, por lo que al intentar recuperarlo, el uso de la violencia represiva aumenta sobre la población con la finalidad de controlarla y recuperar el poder perdido (Pereyra, 2010, pp. 36-37).

Nada de eso necesita el gobierno de la 4T. Y por si eso fuera poco, ahora los rescates económicos no son para las grandes empresas ni para el sector financiero que liquidó al régimen de la Revolución mexicana: no se endeuda al país a costa de sus mayorías empobrecidas. Se mantiene un vector dirigente que es apuntado desde un renovado nacionalismo-popular democrático, y el covid-19 es apenas una de las primeras batallas que vienen en este largo proceso de transformación de la vida pública de México y que, sin lugar a dudas, se van a ganar.

4. LA CUESTIÓN NACIONAL-POPULAR Y LA PANDEMIA EN AMÉRICA LATINA

Decía Juan Carlos Portantiero en *Los usos de Gramsci* (1977) que los regímenes populistas que se desarrollaron en la región latinoamericana entre los años treinta y setenta del pasado siglo, constituyeron la auténtica experiencia histórica de un socialismo latinoamericano, es decir, “fueron la forma política de lucha que las clases populares habían alcanzado realmente” (Portantiero, 1977, p. 74).

En ese sentido, quizá sea inexacto referirse como “populistas” a los regímenes o movimientos nacionalistas populares que prosperaron en ese periodo, dado que no invocaban a una entidad abstracta llamada “pueblo” para justificar sus acciones sin ningún tipo de consecuencia práctica, sino que más bien se caracterizaron por avanzar en un programa político de carácter nacional precisamente con el apoyo de las masas movilizadas, generando con ellas una vinculación orgánica que afianzó un mayor compromiso con sus demandas e intereses.

Esta primera oleada de gobiernos nacionalistas populares fue contrarrestada y desactivada por el ascenso al poder en los años ochenta de los representantes políticos de la facción del capital financiero, ya consolidada como sector dominante en las distintas burguesías nacionales de la región, quienes para frenar el proceso de participación

de los sectores populares en los asuntos públicos, impulsaron a través de sus técnicos egresados de las universidades norteamericanas una reorganización del Estado en clave neoliberal que consumó un proyecto económico antinacional y socialmente excluyente.

Sin embargo, en el momento de máximo apogeo del neoliberalismo en el mundo y en la región latinoamericana, a finales de los noventa, sobrevino una nueva oleada de movimientos y gobiernos populares, particularmente en Venezuela y Bolivia, que impulsaron en sus respectivos países una reestructuración del orden constitucional con la finalidad de facilitar reformas económicas y sociales.

A pesar de una inobjetable legitimidad democrática obtenida en las urnas, las élites neoliberales y los defensores del orden globalista atacaron a estos gobiernos de manera brutal, hasta el grado de organizar acciones golpistas con el objetivo de derrocarlos y endilgarles, además, los epítetos de “autoritarios” y “populistas”. Estos gobiernos populares también cometieron errores estratégicos que fueron minando el apoyo de su propia población y afectaron la adhesión de otros gobiernos y movimientos políticos latinoamericanos, tales como la postulación de un ideal “bolivariano” un tanto difuso que enarbolaba un programa de integración regional bajo premisas que subestimaban la particularidad histórica y nacional de cada país y, sobre todo, la propagación de la idea de que no había una sola nación en cada Estado, sino múltiples naciones que debían ser reivindicadas en un Estado multinacional o plurinacional.

Por esas razones, si tenía algún sentido el uso del concepto “populista” en la década de los setenta, hoy en pleno siglo XXI, después de experiencias políticas en el continente denostadas con ese término, lo más coherente es dar una vuelta de tuerca más a la comprensión del fenómeno que esos movimientos expresan y situar, en el primer nivel del análisis, a la cuestión nacional-popular de la que abrevaron y que sigue siendo el núcleo fundamental para profundizar en una alternativa política en la región.

Después de la caída del paradigma neoliberal-global, consumada en primer lugar en EE. UU., lo que viene ahora en el mundo es un

retorno a los nacionalismos de la más diversa índole y, sobre todo, una vuelta a lo nacional-popular en la región. El retorno a esta dimensión fundamental de lo político se expresa de varias y diversas maneras a lo largo del globo. La pandemia del covid-19 solo ratificó una tendencia que se venía cristalizando en distintas latitudes: desde Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte –con el Brexit de la Unión Europea– hasta Estados Unidos de América con el ascenso de Trump por sectores descontentos con el programa de la globalización económica, se clamó por una reivindicación de lo nacional por encima de los esquemas regionales o globales.

En América Latina, como ya se expuso, desde 1997 se impulsaron proyectos alternativos que se agotaron tanto por sus errores, cuanto por el asedio sistemático de las oligarquías locales y la fracción globalista y neoliberal de EE. UU. Ahora mismo, en un momento histórico en que la crisis del neoliberalismo es un hecho consumado que ha configurado una nueva correlación de fuerzas de nivel internacional, todo apunta a que la profundización de la cuestión nacional-popular será decisiva en la región latinoamericana para una nueva época de movimientos políticos que reivindiquen la soberanía, el interés nacional y el beneficio de las mayorías empobrecidas.

Hay al menos dos referentes que despuntan con meridiana claridad en el nuevo tiempo histórico posneoliberal en la región: México y Argentina, los extremos de América, como los llamó alguna vez Daniel Cosío Villegas (1949). No es ninguna casualidad. Juan Carlos Portantiero ya lo anotaba también en su impactante obra sobre Antonio Gramsci cuando preguntaba: “¿Qué son los trabajadores argentinos sin la referencia al peronismo, o los chilenos sin su peculiar tradición socialista y comunista, o los mexicanos sin el proceso ideológico que se abre en su sociedad en la primera década del siglo? ¿Qué, sino una entelequia, una categoría libresca?” (Portantiero, 1977, p. 75). Y todavía enfatizaba: “Todos esos procesos *políticos* son parte de su historia estructural, el terreno desde donde arranca su identidad colectiva nacional, su forma de superación

del corporativismo como entrecruzamiento de economía, política y cultura en un concreto real” (Portantiero, 1977, p. 75).

Los resultados que además han dado ambos gobiernos en el manejo de la pandemia: evitar que el daño del virus colapsara a sus respectivos sistemas de salud y que el número de muertes no llegara a los niveles catastróficos de EE. UU., Italia o España, corroboran también que tanto el nacionalismo popular democrático de la Cuarta Transformación, dirigida por Andrés Manuel López Obrador en México, como el del neo-peronismo de Alberto Fernández en Argentina, han marcado la pauta de un proceso político de recuperación de la dimensión nacional-popular que será, sin duda, la clave para sentar las bases de una reorientación de las prioridades estatales en beneficio de las mayorías empobrecidas por el neoliberalismo en América Latina.

5. HEGEMONÍA POLÍTICA Y SOCIAL EN MÉXICO

El triunfo electoral abrumador del 1.º de julio de 2018 de Andrés Manuel López Obrador fue la culminación de un largo proceso de construcción de una hegemonía política en México que tuvo una duración aproximada de 30 años. En todo ese tiempo el liderazgo político de López Obrador se dedicó a construir paciente y tenazmente un movimiento político social-electoral que tuvo distintos momentos de inflexión y de despliegue. Entre los más notables destacan su ascenso como candidato a la gubernatura del estado de Tabasco en dos ocasiones –primero por el FDN en 1988 y después por el PRD en 1994–, recuperando la experiencia política de su colaboración con el gobierno de Enrique González Pedrero en esa entidad federativa; su arribo a la dirigencia nacional del Partido de la Revolución Democrática (PRD) de 1997 al año 2000, desde donde se opuso al Fondo Bancario de Protección al Ahorro Bancario (Fobaproa); la gestión como jefe de Gobierno del Distrito Federal de 2000 a 2006, caracterizada por el impulso de una serie de programas sociales sin precedentes en el país; y las tres candidaturas presidenciales (2006, 2012 y 2018) que le permitieron recorrer en más de una ocasión todos los municipios de la república mexicana,

pasando además por la fundación del partido Movimiento Regeneración Nacional (Morena) en 2014.

De acuerdo con Gramsci, la hegemonía es un proceso de articulación de diferentes grupos y sectores de la sociedad en torno a un proyecto político nacional, con la finalidad de conformar un bloque histórico que acceda en algún momento al ejercicio del poder político y a la dirección de las instituciones del Estado. La hegemonía alude, pues, a la capacidad dirigente de una fuerza política para articular a la población a través de la persuasión y el consenso en torno a un programa de reforma intelectual y moral de la sociedad. Sin duda, eso fue a lo que convocó Andrés Manuel López Obrador en esta larga marcha por la conquista de la hegemonía política en México, bajo la premisa de acabar con el régimen de corrupción y de privilegios instrumentado por el neoliberalismo en el país, e impulsar la Cuarta Transformación de la vida pública de México (Independencia de 1810-1821, la Primera; Reforma de 1857-1867, la Segunda; Revolución de 1910-1917, la Tercera).

Con su arribo al poder, el movimiento nacional-popular encabezado por López Obrador alcanzó la Presidencia de la República y la mayoría legislativa en el Congreso de la Unión, un objetivo necesario aunque no suficiente para lograr la mayoría calificada que permitiera la aprobación de reformas constitucionales y, sobre todo, para el ejercicio efectivo de la dirección de las instituciones estatales con la finalidad de impulsar el programa reformista de gobierno. Para ello se impuso como necesario que, desde los primeros días de gestión gubernamental, se recompusiera estratégicamente la integración de los miembros de la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) y se alineara a esta instancia fundamental del Estado mexicano, en términos generales, al proyecto de nación a través de actos contundentes, como la congelación de las cuentas bancarias al exministro Eduardo Medina Mora y la advertencia clara de que no se tolerarían más actos de corrupción y latrocinio desde ese órgano rector del Poder Judicial de la Federación. Asimismo, se acordó con el Ejército y la Marina un plan para garantizar la seguridad

pública –resquebrajada en el país– a través de la coordinación directa desde Palacio Nacional, y se logró la aprobación en el Congreso de un órgano intermedio como la Guardia Nacional para combatir a la delincuencia y al crimen organizado.

Todo ello evidencia que a pesar de haber obtenido un contundente triunfo en el proceso electoral de 2018 todavía se tenía que gestionar el pleno control de las instituciones estatales y, por si fuera poco, garantizar el alineamiento de los poderes de la Unión y de las instituciones de seguridad del Estado. Esos objetivos fueron alcanzados parcialmente por la amplia legitimidad obtenida en las urnas, pero esta por sí misma no garantizaba la plena conquista de la hegemonía político-estatal del país. Prueba de ello son las gubernaturas y presidencias municipales heredadas del viejo régimen y las distintas instancias de procuración de justicia estatales y locales existentes en todo el país, a pesar del establecimiento de los coordinadores estatales de los Programas de Bienestar en cada entidad federativa y de la designación del titular de la Fiscalía General de la República.

De esta manera, se puede observar que la hegemonía política se logró alcanzar prácticamente en tan solo año y medio de gestión del gobierno actual, aunque para que esta sea afianzada y se realice en plenitud es fundamental ampliar el proceso de construcción hegemónica en los distintos organismos e instituciones de la sociedad civil, es decir, conquistar la hegemonía del espacio social.

Aunque para Gramsci no se puede pensar la hegemonía política sin la hegemonía social, el pensador mexicano Carlos Pereyra –ligado orgánicamente a la militancia de las principales asociaciones partidistas que contribuyeron a la unificación de la izquierda mexicana socialista en los años setenta y ochenta– advirtió con agudeza que era importante mantener la distinción analítica entre Estado y sociedad –a pesar de su vinculación orgánica– para diferenciar entre el ámbito de las instituciones político-estatales y el de las instituciones y organismos de la denominada sociedad civil, tales como los sindicatos, las cámaras empresariales, las organizaciones

campesinas, los medios de comunicación, las universidades, las asociaciones de profesionistas, las agrupaciones vecinales, entre otras (Pereyra, 2010, p. 442).

La razón principal que esgrimía para mantener esa distinción radicaba en el hecho fundamental de que el poder, en tanto relación social, no se concentra de manera exclusiva en el aparato del Estado, sino que atraviesa a todas las instancias y organismos de la sociedad civil; es decir, aunque se tenga la capacidad de dirigir a todas las instituciones del Estado hacia un objetivo específico, múltiples centros de poder siguen coexistiendo con él y se mantienen activos con la posibilidad de llevar a cabo en cualquier momento alguna estrategia que contrarreste la acción gubernamental. Razón por la cual se hace indispensable impulsar la lucha democrática por la hegemonía en esos organismos de la sociedad civil, con la finalidad de que el proceso de transformación del país se profundice con la participación activa de los integrantes del polo dominado de ella.

Esta es la tarea pendiente que nos corresponde llevar a cabo a los militantes y simpatizantes de la Cuarta Transformación en todas las instancias y organismos donde nos desempeñemos como trabajadores, residentes, miembros activos, agremiados sindicales o afiliados, puesto que la participación ciudadana no se agota en el ámbito político-electoral sino que supone también el pleno involucramiento en aquellas instancias de la sociedad con las que nos relacionamos de manera más directa.

Desde luego que plantear esto solo en términos generales resultaría harto ingenuo, ya que sin un medio de organización y articulación eficaz de todas esas luchas poco se avanzaría en el logro de sus objetivos. Por esa razón urge que Morena se reactive como partido político para afrontar las tareas que supone la conquista plena de la hegemonía social, acompañando siempre las decisiones del presidente de la república y no imponiendo agendas o programas extraños al proyecto nacional que encabeza.

6. SOBERANÍA NACIONAL Y CRISIS DE LA GLOBALIZACIÓN: EL SIGNIFICADO HISTÓRICO DEL DISCURSO DE AMLO EN WASHINGTON

El discurso que pronunció el presidente de la república, Andrés Manuel López Obrador, en la Casa Blanca, en Washington, D.C., en el marco de su entrevista con el presidente de EE. UU., Donald Trump, para dar inicio al Tratado de México-Estados Unidos-Canadá (T-MEC), será recordado como una de las alocuciones más memorables que hayan sido pronunciadas por algún primer mandatario mexicano.

Fue una pieza de oratoria bien confeccionada, con dimensión histórica, perspectiva nacional, pauta soberana y, principalmente, conciencia de la dignidad de ser el representante del pueblo de México; resonando en sus palabras –y no creo exagerar ni equivocarme– los más de 30 millones de mexicanos que votamos por él y que lo seguimos respaldando.

En el discurso sobresalieron tres ejes temáticos:

1. La trascendencia del acuerdo comercial pactado por las tres naciones soberanas de América del Norte, resaltando que será un instrumento para una mayor integración regional y para alcanzar un equilibrio entre las economías, lo cual propiciará,

a la vez, una oportunidad inmejorable para producir empleos, fortalecer el comercio y realizar inversiones en México, siempre y cuando prevalezcan los principios de generar “mercancías de alto contenido regional” y se garanticen condiciones laborales y salariales justas para los trabajadores que participan en el proceso productivo.

2. La relación histórica de México con Estados Unidos de América, que ha sido signada por desencuentros y “agravios que todavía no se olvidan”, pero también conformada por grandes momentos de cooperación e incluso de amistad entrañable que llegó a superar la desdichada expresión acuñada por Alan Riding de “vecinos distantes” a mediados de los ochenta (Riding, 1985).
3. El agradecimiento y reconocimiento de México al gobierno de EE. UU. encabezado por el presidente Donald Trump, por el apoyo en cuestiones tan importantes como el comercio, el petróleo y el suministro de equipos médicos para combatir la pandemia del covid-19, fundamentalmente por no haber buscado imponer nada que vulnere la soberanía nacional y mostrar respeto a un país libre, digno, democrático y soberano como México.

A ello también se sumaron las referencias históricas, como la relación entre el presidente republicano Abraham Lincoln –a quien López Obrador llevó una ofrenda a su monumento en Washington antes de reunirse con Trump en la Casa Blanca– y el presidente mexicano, de origen oaxaqueño, Benito Juárez, en su convergencia frontal y decisiva contra la intervención francesa en nuestro país que impuso a Maximiliano de Habsburgo –con ayuda de los conservadores de entonces– como Emperador de México en 1864; así como la relación entre el presidente demócrata Franklin Delano Roosevelt y el presidente revolucionario Lázaro Cárdenas del Río, en la década de los treinta, quienes establecieron acuerdos que permitieron avanzar en cuestiones estratégicas para ambos países en

los albores de la segunda guerra mundial, respetando la soberanía de México, que había decidido expropiar el petróleo a las empresas extranjeras.

Asimismo, la exhortación del presidente López Obrador a resolver las diferencias con diálogo y respeto para marchar juntos rumbo al porvenir y el recordatorio de un proceso migratorio de México hacia Estados Unidos de América que ha tenido como resultado la presencia de 38 millones de mexicanos en aquel país —una comunidad de “gente buena y trabajadora que ha aportado al desarrollo de la nación”—, fueron las premisas para sustentar la necesidad de recuperar la enseñanza histórica, como decía Maquiavelo (Maquiavelo, 2010), en el sentido de que “es posible entenderse sin prepotencias ni extremismos”.

Todos estos elementos, en los que sin duda se reflejan los sentimientos de la nación, son la muestra de un discurso de escala histórica que es consciente de la coyuntura política por la cual atraviesa el mundo y en la que a México le corresponde desempeñar un papel decisivo. Se trata ni más ni menos de la crisis de la globalización económica, a la que la pandemia ha contribuido a agudizar y en la que se juega el fin del neoliberalismo en Norteamérica. Este proceso económico que no benefició al grueso de las poblaciones trabajadoras de ambas naciones y que ahora se debate en la liza entre los dos grandes proyectos que desgarran a la nación más poderosa de la historia, de cara al proceso electoral: por un lado, el nacionalismo económico, representado por Trump y, por otro, el consenso neoliberal (demócrata-republicano), representado por Biden; delinea un campo de batalla brutal en el que México asumirá un papel protagónico en función del interés nacional de sus mayorías empobrecidas.

Hoy como ayer, México avanza en el mismo camino trazado por Juárez y Cárdenas: una alianza estratégica con la facción nacionalista del vecino del norte que desde una posición de reconocimiento a nuestra dignidad soberana —como remarcó el presidente López Obrador en su monumental discurso— se encuentra dispuesta a

apoyar al programa de la Cuarta Transformación (combate a la corrupción, ajuste de cuentas con la administración que ensangrentó a nuestro país mediante la operación “Rápido y furioso” y pleno reconocimiento a la comunidad mexicana residente en EE. UU.) a cambio de la conformación de un bloque histórico binacional que impulse un frente de batalla –semejante al liderado por los liberales del 67 de nuestro siglo XIX o los cardenistas de los treinta del XX–, capaz de dar la estocada final a los enemigos comunes que en la actual crisis global son el principal estorbo para el fortalecimiento soberano de las dos naciones y que en los hechos impiden una verdadera alianza regional digna y soberana: los representantes de la oligarquía financiera neoliberal.

La nueva batalla de Puebla se inició en pleno 2020, y el nuevo Temístocles mexicano, como se refería el pensador Gabino Barreda al general Ignacio Zaragoza en su potentísima *Oración cívica* de 1867 (Barreda, 1979, p. 17),¹ ha trazado de manera contundente una línea de demarcación que no deja lugar a las indefiniciones.

¹ Decía Gabino Barreda en la *Oración cívica*: “Conciudadanos: vosotros recordáis en este momento, que el sol del 5 de mayo que había alumbrado el cadáver de Napoleón I, alumbró también la humillación de Napoleón III. Vosotros tenéis presente que, en ese glorioso día, el nombre de Zaragoza, de ese Temístocles mexicano, se ligó para siempre con la idea de independencia, de civilización, de libertad y de progreso, no sólo de su patria, sino de la humanidad”.

7. LA CRISIS ORGÁNICA DE LA INTELLECTUALIDAD MEXICANA ANTE LA 4T

Andrés Manuel López Obrador, en uno más de sus geniales aforismos que ya constituyen un compendio sumamente lúcido de sabiduría política, surgida por efecto de la coyuntura y de su intervención en ella, manifestó de manera lapidaria en el más reciente documental de Epigmenio Ibarra, *Y fue a Palacio. Crónica de una transformación*, que los intelectuales mexicanos se quedaron con la fama y perdieron el talento.

Citando la frase del crítico literario ruso Visarión Belinski en su *Carta a Gógol*: “Cuando un hombre se entrega por entero a la mentira pierde hasta la imaginación y el talento” (Belinski, 1956), López Obrador realizó una radiografía incisiva de la situación en la que se encuentra la intelectualidad mexicana: alejada de la sociedad, desvinculada de sus preocupaciones, metida en divagaciones frívolas y con una mirada desdeñosa frente a las expresiones políticas populares y a las que tiene un profundo pavor.

A la afirmación hecha por el presidente habría que añadir que ni siquiera a los intelectuales mexicanos les queda la fama: conforman un círculo vicioso que se repite a sí mismo, reproduciendo no

solo sus apellidos, sino hasta sus *tics*, manías estéticas y prejuicios ideológicos.

En efecto, existe una crisis orgánica de la intelectualidad mexicana que data de hace aproximadamente 36 años, los mismos que duró el periodo neoliberal en el país, y que se explica por las políticas adoptadas para el fomento de la cultura y las artes en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari mediante la creación de fideicomisos como el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) y el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca), así como la asignación de becas a los jóvenes creadores y creadores eméritos en función de criterios discrecionales para los que valía más tener una relación de cercanía con alguno de los mandarines de los grupos culturales, que la revisión pública, deliberada, exhaustiva y dictaminada de los proyectos que se presentaban. Esto trajo consigo la subordinación de los jóvenes creadores, artistas y escritores de entonces a los cánones estéticos preferidos e impulsados por los caudillos de las facciones culturales en el país –en realidad dos: el grupo de la derecha liberal *Vuelta*, liderado por Octavio Paz, y continuado a su muerte por el ingeniero industrial Enrique Krauze a través de la revista *Letras Libres*; y el grupo *Nexos*, tutelado por Héctor Aguilar Camín desde los años noventa, con una posición supuestamente socialdemócrata aunque en los hechos plegada al neoliberalismo salinista–. Esta dinámica llevó al envilecimiento de las relaciones sociales en el campo cultural mexicano, puesto que no importaba –desde luego– el talento sino los contactos, ni tampoco el trabajo o la propuesta artística sino los apellidos; todo ello desembocó inevitablemente en la decadencia de la intelectualidad mexicana que tan bien describió el presidente de la república en el documental mencionado.

Hay que agregar que muchos de estos intelectuales tenían también vínculos estrechos con las instituciones públicas de educación superior, pues contaban con plazas como profesores de tiempo completo en algunas de ellas, y ahí también se instrumentó una política neoliberal consistente en limitar el crecimiento de los salarios

y compensar esa caída salarial con programas de estímulos económicos y bonos que llegaban a duplicar el salario real del reducido grupo de los profesores de tiempo completo en las universidades del país: por ejemplo, si un profesor titular nivel C de la UNAM (máximo nivel en el tabulador) percibe un salario mensual de \$30,661.96, a ello se le suma, según el Programa de Primas y Estímulos al Desempeño Académico (Pride) de la Universidad Nacional Autónoma de México: el 45% de su salario en el nivel A; 65% en el nivel B; 85% en el nivel C; o 105% en el nivel D, según la evaluación de su desempeño en rubros como la producción en investigación, docencia y difusión de la cultura. Asimismo, se agregó la creación del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), que estimulaba aún con más dinero a los profesores que ostentaban plazas definitivas en las universidades y sumaba a los ingresos que ya tenían en sus respectivos centros de trabajo –incluidos los programas de estímulos– otros que se otorgaban en función de cuatro niveles de evaluación: \$10,564.00 mensuales como candidato al Sistema Nacional de Investigadores (SNI); \$18,488.00 como SNI nivel I; \$23,770.00 como SNI nivel II; y \$36,617.00 como SNI nivel III, lo cual arrojaba una cantidad global escandalosa que podía llegar hasta los \$150,000.00 mensuales –o más– en términos reales.

Con esos ingresos inflados –que no salarios–, es comprensible la preferencia de estos académicos e investigadores –muchos de ellos autonombrados como “intelectuales”– por el modelo neoliberal que los encumbró y los benefició, antes que por el de la austeridad republicana propuesto por el presidente de la república. En efecto, bajo la premisa de que no puede haber un gobierno rico con un pueblo pobre, lo primero que hizo López Obrador en cuanto llegó a Palacio Nacional fue reducir el sueldo mensual del jefe del Ejecutivo: de \$209,135.92 a \$108,656.00; además de establecer el principio de que ningún funcionario público podía ganar más que el propio primer mandatario. Esto no era solo un acto de sensibilidad social, sino también una decisión estratégica para reordenar el Estado en función de un programa que priorizara la atención a los sectores

más vulnerables de la población y para iniciar un proceso que revirtiera la monstruosa desigualdad salarial existente dentro del sector público, pues, como se mostró, la diferencia entre los ingresos de los académicos de la élite dorada y los sueldos miserables del enorme ejército de reserva que constituyen los profesores de asignatura en las universidades públicas (de \$4,000.00 a \$8,000.00, aproximadamente, o menos) son ignominiosos; al igual que si los comparamos con los salarios mensuales de los profesores de enseñanza básica en cualquiera de los niveles del sistema educativo nacional.

Así pues, a muchos de estos beneficiarios del régimen neoliberal se les olvidó que antes de ser académicos, investigadores, creadores o artistas, son trabajadores al servicio del Estado, es decir, servidores públicos y, como tales, sujetos al escrutinio de su trabajo y tienen que ceñirse a las nuevas políticas de la administración pública; además, son trabajadores asalariados que deben organizarse e involucrarse en la defensa de sus derechos laborales y en la lucha por mejores condiciones salariales en sus respectivos centros de trabajo. Definitivamente, la política neoliberal de los estímulos económicos y de las becas tuvo también como finalidad desactivar el ascendiente proceso de organización sindical en las universidades públicas del país durante la década de los ochenta y que presentaba un problema serio al sistema político para mantener el control sobre esos centros educativos.

De esta manera, se observa que las causas de la decadencia, o dicho en términos gramscianos, las causas de la crisis orgánica de la intelectualidad mexicana se debió a su alejamiento de la sociedad, y, sobre todo, a la dinámica y a los mecanismos establecidos en el periodo neoliberal, con los cuales se logró alinear en los hechos a los intelectuales mexicanos de las más diversas tendencias mediante prebendas, beneficios económicos, becas asignadas con discrecionalidad y, en los últimos sexenios, contratos millonarios por publicidad gubernamental en sus publicaciones y revistas.

Por esa razón, resulta ridículo lo que señala Carlos Illades respecto a que la causa de la ruptura entre las ideas y la acción colectiva

de la izquierda ha sido el liderazgo nacional-popular de Andrés Manuel López Obrador, al cual el historiador califica como “antiintelectual” e improvisado (Illades, 2020). Más bien habría que ponderar con mayor rigor las especificidades de lo que significó el proceso de abandono de los intelectuales del espacio de la política en nuestro país, y reiterar que el esquema neoliberal les resultó más atractivo y redituable en términos generales por la doble concesión que les otorgó: estímulos económicos desproporcionados en un país con su población sumida en la pobreza y la posibilidad de consagrarse a la redacción de artículos frívolos y altamente especializados, o libros superficiales e insulsos hasta la abyección con los que pudieron obtener el “reconocimiento” de sus pares, pero sin cosa alguna que ofrecer a la población en general.

En efecto, el intelectual orgánico, como decía Gramsci, no es el académico que pontifica desde su cubículo blindado de cristal im-poluto, sino el militante político que se involucra como dirigente en los procesos de organización social para contribuir a la construcción de una hegemonía política. A ello renunciaron los intelectuales mexicanos en el periodo neoliberal: así que no es posible que ahora vengan a rasgarse las vestiduras ante un movimiento nacional-popular que no necesita de su sacrosanta legitimidad. A la izquierda no le hacen falta “ideas”, les falta a los “intelectuales” asumir la coyuntura histórica.

La decadencia de los intelectuales, evidentemente, es el síntoma de la crisis orgánica del Estado a la que se llegó en el neoliberalismo y la cual se está remontando con decisiones firmes, mismas que tienen como finalidad la recuperación de la soberanía estatal mediante la incorporación de las masas empobrecidas a la dialéctica de la sociedad civil para impulsar una política nacional-popular favorable a sus intereses.

8. SOBRE LA NOCIÓN DE “GOLPISMO” Y LA REACCIÓN ELEMENTAL EN MÉXICO

El término “golpismo” alude a un conjunto de expresiones o tendencias que buscan alterar dentro de las instituciones estatales el orden que las configura o la dirección política que las conduce, generalmente, mediante el levantamiento de alguna facción de las fuerzas armadas. Este conjunto de actitudes favorables para una eventual intervención militar, ya sea para restaurar un régimen político o simplemente para desplazar a una facción gobernante, solo pueden prosperar cuando existe una crisis orgánica del Estado, la cual se expresa como pérdida de legitimidad, descontento creciente de algún sector significativo de la población o una inadecuada relación política con determinada potencia extranjera. Cuando no se cumplen estas condiciones es muy difícil que prosperen las tentativas golpistas de todo tipo (militar, de carácter “técnico” o los denominados “golpes blandos”), dado que los principales elementos que las alentarían y estarían dispuestos a llevarlas a cabo se encuentran aislados y sin posibilidad alguna de articular en torno suyo a determinado bloque histórico emergente en el interior de las instituciones estatales.

Esto muestra que el denominado golpismo, para que verdaderamente cristalice como realidad efectiva, no tiene que ver con los

deseos ni con la mera voluntad entusiasta de grupos minoritarios, ni mucho menos con las ocurrencias o declaraciones que profieran líderes parlamentarios o corrientes ideológicas indefinidas dentro de un movimiento político. Por todas esas razones, la noción de “golpismo”, cuando es usada por cuadros dirigentes o militantes de la Cuarta Transformación para referirse a los elementos de la reacción conservadora que intentan articularse como bloque opositor al nuevo orden que paulatinamente se construye en México, no dejan de ser meras expresiones sin sustento en la realidad y que poco ayudan a la clarificación de los distintos elementos que convergen en la actual correlación de fuerzas. Como decía Palmiro Togliatti: “cuando se yerra en el análisis, se yerra también en la orientación política” (Togliatti, 1977, p. 20).

En efecto, más allá de las bravuconadas y sus connotaciones “golpistas”, tanto de aquellos que reaccionan de manera histérica ante las decisiones históricas que toma el gobierno nacional-popular para consolidar una reforma del Estado que lo aleje definitivamente de los lazos orgánicos del neoliberalismo, cuanto de aquellos otros que usan el término “golpista” a la menor provocación para describir conspiraciones imaginarias o descalificar de manera delirante a correligionarios que cuestionan o se oponen a alguna decisión parlamentaria, lo que se observa en nuestro país es un conjunto desarticulado de expresiones reaccionarias más o menos elementales que se oponen a un proceso de transformación política que afecta a sus intereses particulares y les arrebató aquello que consideran como sus privilegios indiscutidos.

Por ello, el empleo del término “golpismo” para dar cuenta de esta reacción conservadora elemental es un error, debido a que lleva a dar por sentadas hipótesis que nada tienen que ver con la correlación de fuerzas existentes en la actual coyuntura política en nuestro país, misma que favorece al proceso de transformación y no supone un factor real de riesgo que la ponga en entredicho.

Desde luego que es necesario identificar a aquellos grupos que se oponen a los avances de la Cuarta Transformación y caracterizarlos

en función de sus acciones y de los vínculos orgánicos que sostienen con el conglomerado de intereses del neoliberalismo: desde los grupos dirigidos por el energúmeno Gilberto Lozano –ex accionista de Soriana y Femsa, ligado a Raúl Salinas de Gortari y a empresarios de Monterrey–, los opinólogos y comentócratas favorecidos por el antiguo régimen –encumbrados en Televisa, y algunos de ellos ya en la diáspora mediática–, los intelectuales antipolíticos desplazados por el movimiento popular que fueron beneficiados con jugosas becas, estímulos económicos, premios nacionales, secretarías de Estado o contratos millonarios –todos los abajofirmantes del desplegado ignominioso y ridículo en “defensa de la democracia”– o la partidocracia que conformó el consenso neoliberal por más de 30 años –PRI y PAN, sobre todo, pero también PRD y MC.

Estas expresiones reaccionarias elementales podían en algún momento conformarse como un bloque opositor al gobierno nacional-popular que encabeza Andrés Manuel López Obrador, pero en ese momento mostraron incapacidad política y organizativa para llevar a cabo esa tarea. Ello no debe conducir a la subestimación de sus iniciativas ni a la negación de su existencia, por supuesto, pero sí a un examen detenido de sus dinámicas y los intereses específicos que representan.

Además, con el caso de Emilio Lozoya –director de Petróleos Mexicanos el sexenio pasado–, la clase política tradicional que puso en marcha el neoliberalismo en nuestro país está completamente dividida y no se ve a corto plazo que se articule siquiera en un frente amplio como al que llamaron con urgencia los intelectuales abajofirmantes para las elecciones legislativas de 2021. De antemano, los señoritos de la inteligencia sabían muy bien que sus eventuales “salvadores” estaban más preocupados por resguardar su propio pellejo y por tirarse mutuamente la gigantesca bola de nieve de la corrupción que amenazaba convertirse en una avalancha que terminaría por sepultarlos.

Ante la falta de una oposición política real apenas se tiene el registro de expresiones conservadoras de la más elemental deriva

reaccionaria que deben ser analizadas en su más cruda naturaleza, pero sin subestimarlas ni menos aún endilgarles el epíteto de “golpistas”, que poco ayuda a la comprensión de los intereses que las impulsan a actuar y que muestra poca eficacia teórica para la orientación política del movimiento nacional-popular de la Cuarta Transformación de México de cara a las importantes tareas por venir.

9. PUNTO CRÍTICO: UN CASO DE PERIODISMO POLÍTICO MILITANTE EN MÉXICO

La revista *Punto Crítico*, cuyas iniciales P y C aludían subrepticamente al Partido Comunista –o al menos a la tradición que evocaba, ya que para muchos el PCM ya era una instancia anacrónica o “burocrática”–, surgió a comienzos de 1972 por iniciativa de Raúl Álvarez Garín, quien junto con otros exlíderes estudiantiles del México de 1968 recluidos en Lecumberri, fraguaron la idea de una publicación que tuviera el objetivo principal de realizar un diagnóstico de la situación nacional que prevalecía en México a principios de la década de los setenta, particularmente del estado en el que se encontraban los movimientos sociales que se manifestaban de distintas maneras en aquellos años.

Los activistas presos no buscaban reescenificar la lucha estudiantil de 1968 –cuestión que consideraban imposible– aunque advertían en el movimiento que se gestaba en las universidades del país un impulso que podía entroncar con la tónica que adquiriría la presencia de distintas organizaciones a lo largo y ancho de todo el territorio, pero, sobre todo, estaban conscientes de que los protagonistas de esa protesta social habían transitado ya al mundo del trabajo, donde comenzaban a desempeñar un papel destacado en la organización sindical y en áreas estratégicas y profesionales de la vida pública del

país, y era ahí donde tenía que ponerse toda la atención posible para impulsar un proceso organizativo de los trabajadores.

A ese “pre-grupo” de *Punto Crítico* conformado por exdirigentes del 68, como Roberto Escudero, Luis González de Alba, Gilberto Guevara Niebla, Salvador Martínez della Rocca, Eduardo Valle el *Búho*, entre tantos otros, se le sumó un pequeño núcleo de intelectuales universitarios que pronto descollarían por una obra teórica y política vinculada de manera orgánica con los diversos momentos de la lucha de la izquierda mexicana socialista, y entre quienes se encontraban el periodista Adolfo Sánchez Rebolledo –hijo del decano del marxismo en México: Adolfo Sánchez Vázquez–, quien asumió la dirección general de la revista de 1972 a 1977; el economista Rolando Cordera y los filósofos Carlos Pereyra y Santiago Ramírez. A ellos se sumaron Carlos Monsiváis y Arnaldo Córdova, quienes a pesar de que no se integraron de manera formal a la publicación, fungieron como colaboradores regulares.

Esa alianza político-intelectual dio origen al primer número de *Punto Crítico*, que apareció en enero de 1972 y que llevaba por título: “1971 en México. ¿Cambios o demagogia?”. Ahí se realizó un balance del primer año de gobierno de Luis Echeverría, enmarcado en lo que en aquel entonces se denominó la “apertura democrática” y que se traducía en acciones como la amnistía a los presos políticos de 1968 –que benefició a los integrantes de la revista que habían sido reclusos por su participación en el movimiento estudiantil– y en una reforma política que ofrecía mejores condiciones para la organización de la izquierda en general, aunque también en la represión del jueves de *Corpus*: 10 de junio de 1971.

En la “Presentación” de ese primer número se destacaban tres puntos importantes: a) buscaban ser una publicación que informara sobre los hechos que definían la realidad nacional y que, adicionalmente, contribuyera con un análisis de sus implicaciones y complejidades; b) no querían diseñar una línea política más –tan común en las organizaciones progresistas de la época– sino “contribuir con una política editorial clara y consecuente, al debate

organizado de las fuerzas de izquierda sobre bases objetivas y permanentemente renovadas, con la intención final de acceder a una unidad creadora y no a una uniformidad estéril y a la postre burocrática y paralizante” (*Punto Crítico*, 1972).

Y, c) sin ningún complejo, asumían una posición política favorable al movimiento obrero y a todas las expresiones de los trabajadores del campo y la ciudad en las que se manifestara, ya que partían de la tesis de que solo podía ser este en su conjunto el que marcara la pauta al trabajo de la revista y con el que tenía que confrontarse su perspectiva editorial.

También reconocían que no empezaban de cero, sino que tenían como un importante antecedente a la revista *Política*, dirigida por Manuel Marcué Pardiñas –mención que ocasionó la irritación de José Revueltas en un “saludo” a la revista, puesto que él creía que el objetivo de *Punto Crítico* debía ser el de recuperar el espontaneísmo cultural que había dejado la estela del movimiento del 68 y no el de abrazar la senda del periodismo político militante, como manifestaban sus integrantes–, y se identificaban como un grupo de periodistas “surgidos todos de una generación que reconoce 1968 como el año exacto de su definitiva filiación política”.

Todos los artículos que se publicaban eran resultado de la discusión colectiva y no eran firmados por nadie. La finalidad de esta dinámica editorial era fomentar una posición orgánica en todos los integrantes de la edición, la cual no estuvo exenta de tensiones y finalmente de desacuerdos que llevaron a la ruptura de las dos corrientes de opinión que comenzaban a perfilarse cada vez con mayor fuerza en su interior.

Los casos más emblemáticos que generaron diferencias en *Punto Crítico* fueron la irrupción de la violencia política de las distintas guerrillas urbanas en el país, el apoyo a la candidatura presidencial de Valentín Campa por el Partido Comunista Mexicano (PCM), en 1976, y la aparición de la *Tendencia Democrática* del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM), en 1977.

Este último hecho llevó a la ruptura entre sus integrantes debido a que un sector consideraba al movimiento de los electricistas como nacionalista, burgués y reformista, mientras que el otro veía en él la cristalización de un programa político acorde con las condiciones históricas de la realidad mexicana y no basado en una demanda estrafalaria proveniente de algún modelo teórico abstracto. Ambas tendencias llevaron, por un lado –con los que permanecieron en *Punto Crítico*–, a la fundación de una segunda época de la revista –dejando Adolfo Sánchez Rebolledo la Dirección General de manera definitiva en 1977–; y por otro –del lado de quienes apoyaban a la *Tendencia Democrática* y salieron de *Punto Crítico*–, a la conformación del Movimiento de Acción Popular (MAP) que apoyó el proceso de unificación partidista de la izquierda mexicana socialista en torno al Partido Socialista Unificado de México (PSUM) en 1981 y finalmente al Partido Mexicano Socialista (PMS) en 1987.

Para atraer suscriptores en la primera época, *Punto Crítico* se anunciaba en sus páginas de la siguiente forma: Un “Punto Crítico” es: cuando ya no puede darse marcha atrás... cuando llega la lumbré a los aparejos... cuando se oyen pasos en el tapanco... si usted quiere enterarse, suscríbase a “Punto Crítico”. Si además ud. participa del lado del pueblo: ...en la lucha de clases... y en la formación de conciencia, apoya a “Punto Crítico”.

Una de las tantas virtudes de *Punto Crítico: revista de información y análisis político* fue, sin duda, asumir una posición política claramente militante en el movimiento obrero, sin ningún temor a ser identificados con una postura “parcial”, pues ante una sociedad marcada por la desigualdad flagrante era claro que la imparcialidad se convertía en un elemento cómplice de aquellos grupos interesados en la desmovilización popular y en contener a la insurgencia sindical llevada a cabo en los años setenta. Ante la falsa idea de que solo puede hacerse periodismo desde una supuesta objetividad, *Punto Crítico* demostró que cuando existe un compromiso claro con la transformación del país, se consigue que la verdad emerja con toda su fuerza revolucionaria –“la verdad es siempre

revolucionaria”, advertían—, y con esa convicción se enfocaban en la tarea de realizar un “periodismo integral”, como sostenía Gramsci, consistente en analizar esos movimientos sociales para comprender a través de ellos las categorías de “campesinado”, “clase obrera”, “sociedad de clases”, y no a la inversa; así, estaban en mejores condiciones de ofrecer elementos teóricos y analíticos de orientación política para la conformación de una “unidad creadora” en el amplio movimiento de masas en el país.

Por todas esas razones, además de la crítica a los intelectuales liberales, como Daniel Cosío Villegas, y a aquellos otros que argüían una posición neutral, así como los reportajes y las entrevistas a los protagonistas de los movimientos sociales de la época (Rafael Galván y otros), la primera época de *Punto Crítico* aún refulge en la tradición del periodismo político militante en México.

10. PALINGENESIA MEXICANA: EL COMBATE A LA CORRUPCIÓN COMO ELEMENTO ESTRATÉGICO DE LA REGENERACIÓN NACIONAL

En los años ochenta, la bandera de la lucha contra la corrupción fue enarbolada por la derecha política mexicana. No solo el PAN, también organizaciones patronales como el Consejo Coordinador Empresarial, apuntaladas por la oligarquía financiera, lanzaron sus invectivas contra el Estado mexicano por la decisión de haber nacionalizado la banca en 1982 y, sobre todo, porque con ello se mostraba la peligrosa actualidad del componente nacional-popular que aún lo sostenía. Con una envidiable plataforma de resonancia en los medios de comunicación masiva –la mayoría de ellos ligados a Televisa–, los organismos de la derecha calificaron al régimen emanado de la Revolución mexicana como “populista” y “corrupto”.

Un lúcido analista político de aquellos años señaló que la “corrupción generalizada” de los funcionarios públicos abría un flanco insospechado a través del cual se fortalecía el programa ideológico de la derecha, arrastrando hacia él a las capas privilegiadas de los sectores medios, los cuales identificaban por efecto de la propaganda ideológica a la corrupción como causa de la crisis económica en el país: “No se ha reflexionado de manera suficiente en qué medida

la corrupción priista ha estimulado el fortalecimiento de la derecha mexicana”, sentenciaba (Pereyra, 1990, p. 219).

La mezcla de corrupción generalizada del sistema político y de medidas nacionalistas para afrontar la crisis tuvo como consecuencia una presión aún mayor de los sectores financieros dominantes para reducir a su mínima expresión el componente nacional-popular del Estado mexicano, hasta finalmente eliminarlo y abrir paso con ello a la implantación del neoliberalismo en nuestro país, mismo que estableció un consenso prolongado entre las fuerzas políticas (PRI y PAN) identificadas con los intereses transnacionales. Es en este periodo de nuestra historia que se escuchó decir a Carlos Castillo Peraza que el triunfo cultural del Partido Acción Nacional había sido consumado y que prácticamente el Partido Revolucionario Institucional gobernaba ya con su programa ideológico.

Después de más de 30 años de gobiernos neoliberales, la corrupción no solo no fue erradicada, sino que se agudizó al grado de poner en riesgo la soberanía nacional y de conformar una camarilla que antepuso su interés faccioso al de la nación en su conjunto. Con la denominada alternancia política que abrió paso a la democracia en México, la corrupción se hizo extensiva a todos los niveles de gobierno, desdibujando la frontera entre el Estado y los grupos delincuenciales, así como entre el poder político y el poder económico.

En efecto, se creó un régimen de corrupción y de privilegios que llevó a extremos inverosímiles de envilecimiento la vida pública del país y a un resquebrajamiento de las instituciones del Estado. La corrupción se hizo rutinaria, obscena y cada vez más ostentosa hasta el punto de que a su dinámica lo mismo entraron universidades que medios de comunicación y empresas privadas. Todo se convertía en un instrumento para el saqueo de los recursos públicos y para el encumbramiento de la facción que se asumía como la dueña del país.

Por esa razón, Andrés Manuel López Obrador, al identificar a la corrupción con el neoliberalismo y a este como la principal causa de la desigualdad y empobrecimiento de los sectores mayoritarios

de la sociedad mexicana, planteó la necesidad de una estrategia de combate para desterrarla de la vida pública nacional, ya que en ella se encontraba la clave profunda para comprender la peculiar forma en que los poderes fácticos como el narcotráfico, las empresas privadas, los medios de comunicación y los grupos políticos tecnocráticos se habían coalicionado hasta imponer sus respectivas agendas a las instituciones estatales y subordinarlas a sus intereses particulares.

El ejercicio de inversión de esta dinámica tendría que hacerse a partir de una contundente movilización popular que se cristalizase en las urnas y completamente desligada de cualquier grupo de presión que obstaculizara tal propósito. Así, si hace tres décadas el combate a la corrupción era una bandera política de la derecha –al paso del tiempo y con la evidencia de que bajo sus gobiernos se incrementó y proliferó en todos los ámbitos de la vida pública del país–, ahora, en cambio, es el principal instrumento del programa de una izquierda nacionalista y popular para avanzar en un proceso de transformación profunda de México.

Los tiempos en política siempre cambian, y así como el combate a la corrupción se convirtió en un principio estratégico de la Cuarta Transformación, también el presidente ha llamado en distintas ocasiones a arrebatarle a la derecha otros aspectos igualmente estratégicos para la consolidación de un verdadero proyecto nacional, tales como la defensa de la familia, la reivindicación de una moral pública y la necesidad de avanzar hacia una renovación intelectual y moral de la sociedad mexicana.

La corrupción fue el medio del que se valió el conglomerado de intereses conformado por el neoliberalismo para la captura del Estado; ahora, su combate frontal es la condición necesaria para el desmantelamiento de ese régimen construido a lo largo de 30 años y para impulsar la indispensable regeneración nacional.

11. EL REINO IDEALISTA DE LOS JUSTOS PÁNFILOS VS. LA POLITIZACIÓN POPULAR

Es bien conocida la tesis de que la cuestión de la justicia planteada en abstracto no propicia más que prédicas morales, en el mejor de los casos, cuando no engendros teóricos que llevan a lo que Marx identificaba en la práctica política como la impotencia en la acción. Por esa razón, una meditación sobre la justicia debe considerar no solo criterios ético-filosóficos meramente autorreferenciales sino, sobre todo, la realidad política e histórica en la que arraigan cada uno de los aparatos administrativos encargados de impartirla en una sociedad determinada.

El caso de México es aleccionador. No es una exageración afirmar que en el régimen neoliberal se profundizó la subordinación del Poder Judicial no únicamente al presidente de la república en turno sino a todo el conglomerado de intereses a los que debía su cargo, hasta entregarlo por completo a esos poderes fácticos con el saldo ominoso de dejar a la población indefensa ante cualquier daño infligido contra ella o su propiedad.

Ya lo decía Pablo González Casanova en su obra fundamental: *La democracia en México*, cuando analizaba la estructura

jurídico-política del Estado mexicano emanado de la Revolución: el único poder de la federación con algún grado de independencia respecto al Ejecutivo, de 1917 a 1960, era el Judicial, puesto que equilibraba las decisiones del primer mandatario con un sesgo favorable a las clases dominantes. La relativa independencia del Poder Judicial se inclinó –desde los orígenes del Estado construido por el movimiento revolucionario de 1910– hacia la procuración de los intereses de los grupos capitalistas, fungiendo como una especie de válvula de escape ante las decisiones de carácter nacional-popular que tomaba el régimen revolucionario, con el fin de consolidar el programa ideológico plasmado en la Constitución de 1917 (González Casanova, 1967, pp. 33-37).

Sin embargo, lo que ocurrió en los últimos 36 años con el viraje neoliberal fue la liquidación del componente nacional-popular del sistema político emanado de la Revolución, orientando al conjunto de las instituciones del Estado hacia la procuración de los intereses oligárquicos. En ese sentido, la función de equilibrio que desempeñó el Poder Judicial dejó de tener sentido, pues la orientación que asumieron los sucesivos titulares del Poder Ejecutivo coincidió con la predisposición de las resoluciones del Judicial favorables a los sectores privilegiados, con el agravante de que se extendía ahora al conglomerado de intereses transnacionales que fueron imponiéndose de manera contundente hasta el extremo de doblegar al Estado mexicano a sus agendas particulares.

La captura del Estado llevó a la quiebra definitiva de la impartición de justicia en México, la cual nunca fue administrada con eficacia en beneficio de las clases no privilegiadas ni mucho menos generó en la población una percepción favorable al trabajo realizado por las instituciones encargadas de procurarla. Por el contrario, instancias tales como la Suprema Corte de Justicia de la Nación, judicaturas y magistraturas federales, así como los ministerios públicos, fueron desacreditados por la sociedad tanto por los elevados sueldos y canonjías de sus funcionarios, cuanto por la connivencia con los grupos delincuenciales.

Por esa razón, una vez que el movimiento nacional-popular encabezado por Andrés Manuel López Obrador ganó la Presidencia de la República y la mayoría legislativa en el Congreso de la Unión, la nueva correlación de fuerzas internas del Estado, lo mismo que las decisiones tomadas para el combate a fondo de la corrupción, obligaron a que uno de los ministros de la SCJN fuera separado de su cargo y, con ello, a la necesidad de impulsar una profunda reforma judicial en nuestro país.

Tales cambios, no obstante su trascendencia, han sido insuficientes, puesto que la inercia de varias décadas impide que se corrijan en el corto plazo distintos usos y costumbres en la forma de administrar la justicia en México, además de que “la arrogancia de la libertad” con la que ahora actúan sus altos funcionarios los lleva a considerar como prioritarios temas que no necesariamente son los que le urge resolver a una sociedad agraviada que expresó con su voto el apoyo a un proyecto político nacional que tiene como principal objetivo terminar con el régimen de corrupción y privilegios identificado con el neoliberalismo.

En ese sentido, en lo que concierne a la cuestión de la consulta popular para solicitar el juicio político contra los expresidentes hay quienes sostienen que para que exista una efectiva impartición de la justicia tiene que ser llevada a cabo por las instituciones facultadas constitucionalmente para esos efectos, de lo contrario apenas sería un mero capricho u ocurrencia presidencial. Sin embargo, la presión política ha sido tal que la consulta se realizó, tanto con los requisitos legales para organizarla como con un respaldo significativo de la población.

En el mundo de los teóricos idealistas de la justicia solo hay lugar para una esfera autónoma e impoluta para la impartición de esta que no se encuentre atravesada por los intereses económicos y políticos reales que estructuran toda organización social, lo cual contrasta con una realidad efectiva, como la mexicana, atravesada precisamente por todos esos intereses que buscan prevalecer a toda costa y que aún gozan de cabal salud.

Esa situación ideal donde se imparte justicia sin la presión de ningún tipo de interés económico o político no existe, y muy probablemente nunca existirá; por ello, involucrar a la población para que en el ejercicio pleno de sus derechos políticos presione a las instituciones encargadas de impartir justicia en México para que cumplan con su función fundamental –es decir, politizar la justicia desde una perspectiva popular–, no solo es algo necesario para la consecución de tales fines, sino un instrumento pedagógico elemental para vigorizar una cultura política de la participación en la población, sin la cual no hay democracia posible.

12. ¿QUÉ SIGNIFICA LA CUARTA TRANSFORMACIÓN?

Mucho se ha dicho en torno a la noción de “Cuarta Transformación” enarbolada por el presidente López Obrador para definir su acción de gobierno, sin embargo, no son suficientes esas aproximaciones para comprender el significado profundo que la expresión engloba. Lo primero que se puede señalar es que la idea remite a un proyecto político de carácter nacional de gran calado, que se arraiga en distintos momentos fundamentales de nuestra historia política a través de los cuales se ha decantado su identidad y su viabilidad como nación.

Para empezar, la primera gran transformación de México se identifica con la revolución de Independencia, con la cual nace propiamente la nación política mexicana y se sientan las bases de un proyecto histórico que tiene en el Congreso de Chilpancingo, con José María Morelos y Pavón a la cabeza, la genealogía más profunda de los Sentimientos de la Nación.

La segunda transformación se inició con la Guerra de Reforma en 1857 –aunque realmente arranca como tendencia política con la Revolución de Ayutla del 54, comandada por Juan Álvarez contra la dictadura santannista– y tuvo como principal propósito la consolidación de la unidad política nacional frente a la deriva

antipatriótica asumida por Antonio López de Santa Anna, mediante la conformación de un poder político central unificado en torno a los liderazgos fuertes de Benito Juárez, primero, y de Porfirio Díaz, después; mientras que la tercera transformación se caracterizó –como lo expuso abundantemente Arnaldo Córdova en su obra– por la cristalización de ese poder político centralizado en un Estado político fuerte signado por el pacto social de la Revolución de 1910 (Córdova, 1972, pp. 9-12).

La Cuarta Transformación de la vida pública de México se entronca con cada uno de estos momentos constitutivos de la nación política, a saber: su nacimiento, su consolidación mediante la conformación de un poder político centralizado en figuras patrióticas, la transición de un poder político central a un Estado político fuerte y, ahora, en una coyuntura de crisis orgánica del Estado propiciada por el neoliberalismo durante las últimas tres décadas –que además de poner en riesgo la viabilidad y la unidad de la nación política, erigió un oprobioso régimen de corrupción y de privilegios–, la necesaria regeneración nacional mediante el fortalecimiento del Estado y el sustento de un vigoroso movimiento nacional-popular democrático.

En ese sentido, la Cuarta Transformación alude sobre todo a la noción de cambio de régimen, lo cual supone la construcción de un orden político nuevo, como pretendía Gramsci, que destruya al orden político anterior y que sienta las bases para la consolidación de un proyecto nacional-popular que tenga como principales ejes de estructuración: la lucha contra la corrupción, la moralización de la vida pública y la plena atención de las demandas populares.

La regeneración nacional entonces debe entenderse como el renacimiento de México, la vuelta a los orígenes de la nación para su plena actualización política y la purificación de la vida pública tan degradada en los últimos años por la corrupción, los privilegios y la captura del Estado por el narcotráfico y los poderes fácticos.

En efecto, esta palingenesis mexicana para consolidar sus bases requiere de un liderazgo fuerte, moral e intelectual –encarnado

en la figura presidencial de Andrés Manuel López Obrador– y del acompañamiento de un partido político sólido que reactive estos ejes básicos en la formación política de su militancia y los fomente en el grueso de la sociedad mexicana para seguir encauzando el movimiento nacional, popular y democrático por vías institucionales hasta el pleno cumplimiento de sus objetivos.

13. ¿QUÉ TIPO DE PARTIDO PARA LA CUARTA TRANSFORMACIÓN?

Nadie pone en duda la centralidad de la figura orgánica del partido político como el instrumento más idóneo para fortalecer y apuntalar al movimiento nacional-popular que llevó a la Presidencia de la República a Andrés Manuel López Obrador el 1.º de julio de 2018. Todas las tendencias, grupos y corrientes políticas que convergieron en Morena en el pasado proceso electoral, tienen la claridad suficiente para advertir que solo con un partido político fuerte será posible implantar en todo el territorio nacional las bases de apoyo indispensables para acompañar al jefe del Ejecutivo en la realización de su programa de gobierno.

La cuestión estriba en que todas esas facciones han sido incapaces, hasta ahora, de ponerse de acuerdo para establecer reglas mínimas de convivencia y designar una dirigencia política con el respaldo suficiente para llevar a cabo las tareas organizativas que se requiere impulsar en el país en una coyuntura signada ya no por la resistencia ni por la derrota electoral, sino por la conquista efectiva del poder y por el impulso desde este de la Cuarta Transformación de la vida pública de México.

En efecto, la experiencia de dos años con un partido prácticamente ausente de la escena nacional ha demostrado que “hay

mucho pueblo para tan poca dirigencia”, y de no hallarse las fórmulas adecuadas para la concertación entre los grupos que disputan la dirección del partido Movimiento Regeneración Nacional, es muy probable que la organización partidista con la que López Obrador llegó al poder sea rebasada por la iniciativa de la vasta mayoría de la sociedad mexicana, la cual está indudablemente decidida a apoyar las tareas de gobierno del presidente de la república.

Sin embargo, el espontaneísmo ciudadano tiene sus límites, y a la larga resulta incluso contraproducente, por lo que se necesita estructurar un partido político capaz de dar un cauce orgánico a esa iniciativa espontánea de la sociedad mexicana para el pleno respaldo de las decisiones presidenciales a través de dos tareas fundamentales: la plena conformación de un programa político basado en los principios del lopezobradorismo y la reactivación de la formación política de la militancia y de la ciudadanía en general con base en tales principios programáticos para la consolidación de la obra de la Cuarta Transformación.

La tesis de que no hay partido sin programa es correcta; sin embargo, el programa político del partido que pretenda erigirse como tal –el actual Morena, u otro(s)– para dar cauce al Movimiento Regeneración Nacional no puede ser otro que el enarbolado por el propio presidente de la república a lo largo de su trayectoria política, y el cual se sintetiza en tres ejes claros: I) combate a la corrupción; II) desmantelamiento del régimen de corrupción y de privilegios erigido por el neoliberalismo, y III) moralización de la vida pública.

Dígase con claridad: el principal reto del grupo o corriente política que aspire a convertirse en dirigente de Morena es el de hacer que el lopezobradorismo se establezca como corriente objetiva en la dirección intelectual y moral de aquel organismo partidista que lo encauce. En ese sentido, las ideologías extrañas a esos principios deben ser limitadas y desplazadas por la difusión consistente del significado histórico y político de la Cuarta Transformación y de sus logros de gobierno.

De no hacerlo así, se perdería la oportunidad histórica de acompañar al presidente con una estructura partidista sólida que cumpla los objetivos planteados desde su liderazgo. Por esa razón, es menester asumir ya las tareas políticas e intelectuales que se avecinan con plena conciencia histórica y a partir de los documentos que el propio López Obrador ha redactado y promovido: sus libros, en primer lugar, donde se sintetiza su pensamiento, y la *Cartilla Moral* de Alfonso Reyes (1962).

Lo demás es insustancial para la coyuntura y no abona a la consolidación del proyecto histórico de la Cuarta Transformación de México.

14. PENSAR EL TRABAJO CULTURAL EN TIEMPOS DE LA 4T

I. ¿QUÉ ES EL TRABAJO CULTURAL?

La noción de “trabajo cultural” pasa por actividades o prácticas que van desde la gestoría de servicios y actos culturales, la producción y distribución de objetos o bienes artísticos, o al menos considerados como valiosos y dignos de ser reconocidos como tales en el mercado del arte o de la cultura, así como de todo aquello relacionado con el campo artístico y cultural desde perspectivas diversas: la regulación y el establecimiento de un marco jurídico; la creación de zonas o plataformas de exposición, difusión e intercambio óptimas para la distribución de los productos; las estrategias de financiamiento de proyectos; la formación de un funcionariado especializado en asuntos de gestión, promoción e intercambio interinstitucional; los coloquios o encuentros académicos de investigación y reflexión sobre los supuestos y los alcances teóricos y prácticos de tales procesos, por ejemplo, y que tienen como objetivo la producción, la distribución, la difusión y el consumo de piezas u objetos artísticos o culturales en el ámbito público o privado.

El trabajo cultural es un concepto relativamente nuevo y, como señala el título de este ensayo, lo primero que tendríamos que hacer es definirlo o al menos aproximarnos a las determinaciones mínimas que nos permitan comprender lo que es.

II. EL TRABAJO EN GENERAL: DE JOHN LOCKE A KARL MARX

El trabajo, en general, ha sido definido por Marx como aquella actividad que implica un esfuerzo determinado y un tiempo necesario para la elaboración o producción de un objeto concreto, con el cual se añade algo nuevo a la naturaleza o a la realidad social. El tiempo de trabajo necesario determina el valor del objeto creado y a partir de que ese valor implica a la vez un agregado o un elemento de distinción que hace a ese objeto ser lo que es y no otra cosa, entonces ese valor debiera serle redituado o remunerado a quien realizó el objeto, haciéndole llevar una vida humana digna de ser vivida.

Como el propio Marx reconoció en su obra, tal conceptualización del trabajo no provenía exclusivamente de él, sino que era deudora de la corriente de pensamiento económico que le antecedió y a la que sometió a una implacable crítica: la de los fisiócratas, quienes sostenían que el valor de la tierra en tanto mercancía no se encontraba en ella misma, por una cualidad sustancial o por un atributo de la naturaleza, sino en el trabajo realizado para mantenerla en un estado óptimo. En ese sentido, como afirmaba Adam Smith, el trabajo es la fuente de todo valor (Smith, 2011).

Ya desde el siglo XVII, John Locke sostenía que el trabajo era fundamentalmente un acto que suponía un esfuerzo físico que se concretaba en la apropiación de lo que resultara indispensable para vivir, por lo cual todo hombre tenía el derecho, otorgado por su propio trabajo, de apropiarse de aquello que juzgara conveniente para su manutención y la de los suyos con la única limitante de no desperdiciarlo o de hacerlo precedero, pues de esa manera se le privaba a otro hombre o familia del disfrute de un posible bien (Locke, 1990, pp. 55-75).

Lo que añadiría Marx a la definición dada por el pensamiento económico liberal y pretendidamente científico, fue que la realización del trabajo humano se llevaba a cabo en un mundo social estructurado por relaciones de producción determinadas, de las cuales se derivaban también relaciones de distribución y consumo que, al ser marcadas por una dinámica de acumulación capitalista, configuraban espacios sociales definidos por una desigualdad económica cada vez mayor que solo podía ser erradicada por la vía de la revolución social impulsada por las masas obreras empobrecidas.

La enseñanza de Marx consistió en aportar un modelo explicativo del trabajo y del espacio social que era capaz de dar cuenta de la complejidad de la dinámica de un modo de producción que establecía una serie de relaciones sociales con la suficiente fuerza para incidir en distintos campos de la práctica social.

Para Marx, el trabajo, en tanto práctica a través de la cual se intervenía sobre una materia prima determinada con la finalidad de transformarla para obtener de ella un producto o un objeto con el cual se añadía algo que no existía en el mundo social, era necesariamente la fuente de su valor, el cual, a su vez, había que pensarlo desde dos dimensiones: como valor de uso y como valor de cambio. La razón que esgrimía para realizar esa distinción se basaba en el hecho de que en la sociedad capitalista todo objeto al ser elaborado se convierte inmediatamente en una mercancía cuyo valor de cambio es fijado por el tiempo necesario para su realización, pero también como un producto concreto con múltiples posibilidades para ser empleado, por lo cual era capaz de hacer variar su valor de uso, incluso más allá de la finalidad para la cual había sido concebido (Marx, 1975, pp. 43-45).

III. ¿TRABAJO MANUAL O TRABAJO INTELECTUAL?:

LAS APUESTAS TEÓRICAS DE GRAMSCI, ALTHUSSER Y ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

Gramsci planteó después la necesidad de dejar de pensar el trabajo de manera escindida: como trabajo manual y como trabajo intelectual, ya que si bien tal distinción era pertinente desde una perspectiva analítica, en realidad partía de un esquema un tanto artificial basado en la división social del trabajo que suponía diferencias sustanciales basadas en concepciones simplistas sobre el propio trabajo, provenientes del marxismo ortodoxo.

Afirmaba que carecía de sentido hablar de trabajadores “no-intelectuales, porque los no-intelectuales no existen: no hay actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual” (Gramsci, 2010, p. 15). Más bien había que pensar a ambos tipos de trabajo o de prácticas productivas como dos momentos o variantes de una misma actividad o proceso que necesariamente tenía que ser dividido para su plena realización, pero que eran igualmente importantes y complementarios para el objetivo último de toda su organización, sin distinciones jerárquicas ni implicaciones de superioridad ontológica de uno sobre otro.

Althusser también consideraba al trabajo intelectual como una práctica determinada que transformaba la realidad social al intervenir sobre una serie de representaciones, conceptos e hipótesis para obtener de ellos un producto nuevo que pudiera ser identificado plenamente como un conocimiento. Tal noción de la “práctica teórica” con la cual Althusser reformuló el concepto de trabajo intelectual, le trajo implacables críticas por parte de algunos marxistas ortodoxos –y otros no tanto, aunque reacios a reconocer la valía de su planteamiento– que afirmaban tajantemente que la actividad intelectual no podía ser considerada una práctica social, o *praxis*, como afirmaba el filósofo mexicano Adolfo Sánchez Vázquez, ya que al no intervenir realmente sobre una materia prima determinada, de ningún modo podía transformar la realidad

de manera efectiva, dado que las representaciones, los conceptos o las ideas solo eran percepciones mentales y no objetos materiales concretos.

En el fondo, el rechazo al reconocimiento del trabajo o de la actividad intelectual como práctica social o *praxis* se debía a que, desde su perspectiva, se contribuía con esa postura a fomentar una idea desvirtuada del pensamiento de Marx, que llevaba a la inactividad política y a ser identificado con meras reflexiones teóricas que lo despojaban de su carácter revolucionario; es decir, la práctica teórica no podía sustituir a la práctica política, y mucho menos a la necesidad de organizar la revolución.

Todos estos planteamientos en torno al trabajo son aleccionadores para pensar en nuestros días al denominado “trabajo cultural” que muchos han definido como el tipo de trabajo específico abocado a cuestiones que tienen que ver con el arte, la gestión de espacios para la realización y difusión de distintas prácticas u objetos considerados valiosos en el campo artístico o en el campo intelectual, y que tiene como finalidad ser reconocido también como valioso y, por lo tanto, como redituable.

La cuestión aquí, creo yo, consiste en aproximarnos también a una definición mínima u operativa de “cultura”, como ya lo ha señalado Néstor García Canclini en su obra, puesto que lo primero que se debe reconocer es que “quienes estudian la cultura experimentan el vértigo de las imprecisiones” (García Canclini, 2004, p. 29).

IV. HACIA UNA DEFINICIÓN OPERATIVA DE “CULTURA”

En el capítulo “La cultura extraviada en sus definiciones” del libro *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*, García Canclini plantea una definición socio-semiótica de “cultura” que contrasta con los enfoques reduccionistas que identifican a la cultura con la síntesis de todas las determinaciones de una formación social específica y como “el cúmulo de conocimientos

y aptitudes intelectuales y estéticas” (García Canclini, 2004, p. 30) que es capaz de transmitir una civilización.

Por el contrario, García Canclini, con base en la teoría del espacio social de Pierre Bourdieu y en los estudios de la economía política del signo de Jean Baudrillard, plantea que aquello que queda como residuo entre las estructuras objetivas de la sociedad y las distintas prácticas que son determinadas por ellas son un conjunto de actos que “no parecen tener mucho sentido si se los analiza con una concepción pragmática” (García Canclini, 2004, p. 32). Este conjunto de actos constituye una serie de prácticas significantes de la vida social que Baudrillard identificaba con distintas valoraciones que realizan los hombres de los objetos con los que se relacionan o consumen. Desde esta perspectiva teórica no solo habría un “valor de uso” y un “valor de cambio”, como sostenía Marx, sino también un “valor de signo” y un “valor simbólico”, que aluden a otro tipo de consideraciones o estimaciones de los objetos que escapan al plano meramente pragmático o socioeconómico, por ejemplo, el prestigio o distinción que supone la adquisición de determinado bien material o la carga afectiva o emocional de la pertenencia o posesión de cierto objeto.

Por todo ello, García Canclini, a partir también de la concepción de Bourdieu de definir a la cultura como un conjunto de relaciones de signos o símbolos que dependen directamente de las relaciones sociales de fuerzas que estructuran una formación social, aunque con una autonomía relativa de ellas, plantea que “la cultura abarca el conjunto de los procesos sociales de significación, o, de un modo más complejo, la cultura abarca el conjunto de procesos sociales de producción, circulación y consumo de la significación en la vida social” (García Canclini, 2004, p. 34).

Esta definición operativa de cultura funciona para dar cuenta de que en todo tipo de formación social existen también relaciones de sentido que organizan la vida social, relaciones de significación que constituyen un mundo simbólico que contribuye a la reproducción del espacio social y a la configuración de un sentido

determinado; sin embargo, desde mi perspectiva es insuficiente para pensar otro tipo de procesos y de prácticas como aquellas que nos convocan en los nuevos tiempos de la 4T en México: el trabajo cultural, el capital cultural y los distintos derechos que deben seguirse para la realización de ciertas actividades y prácticas.

V. LA REACTIVACIÓN POLÍTICA DE GRAMSCI PARA PENSAR LA “CULTURA” EN MÉXICO

Pienso que la noción de cultura planteada por García Canclini es adecuada para señalar su especificidad, pero en aras de delimitarla y oponerla a las estructuras y prácticas socioeconómicas tiende a desvincularla de una dimensión que en la actualidad se hace más necesaria que nunca: la dimensión política.

¿Cómo podríamos pensar el trabajo cultural desde la perspectiva teórica de la significación de la vida social planteada por García Canclini? ¿Acaso no parecería, también, una definición sumamente genérica e incluso unívoca debido a que no reconoce la lucha y la disputa por el control o el monopolio del capital simbólico o de significación de la vida social en una formación social determinada, y aun en un campo más propiamente cultural, como el artístico o el intelectual?

Para complementar la definición operativa de García Canclini que enfatiza en el carácter específico de la cultura, y que es importante resaltar, yo propondría la relectura de Gramsci y su reactivación política para pensar este tipo de procesos en un momento de transformaciones en nuestro país.

Para el filósofo político italiano, la cultura es la instancia de la vida social donde se articula de manera más evidente la lucha política por la hegemonía, es decir, por la dirección de la sociedad en su conjunto. Dicho en otras palabras, el ámbito o campo de la cultura no puede ser disociado de la lucha política ni de los procesos por comprender y transformar la dinámica social, sino que requiere ser

organizado por los intelectuales o trabajadores de la cultura que tendrían la función principal de dirigir a los distintos sectores populares y conseguir la elaboración de una nueva concepción del mundo que dé la pauta para su organización y homogeneización en un bloque histórico dirigente.

Habría que preguntar si los intelectuales, artistas, académicos, creadores, gestores o filósofos en México han contribuido, o están contribuyendo, a ese proceso de elaboración de una nueva concepción del mundo, o de nuestra sociedad en la actual coyuntura política, que difiera de las concepciones o prácticas de significación dominantes; o si de plano la despolitización y la asimilación de nociones de cultura completamente “neutrales” o “apolíticas” los ha llevado a una separación flagrante de la sociedad y sus aspiraciones y, con ello, a la consecuente precarización económica y laboral en la que se encuentran en la actualidad.

Si los trabajadores de la cultura se ven a sí mismos como intelectuales orgánicos y, por lo tanto, como cuadros dirigentes o elementos sociales activos que buscan mediante su práctica de significación de la vida social también la organización de la sociedad misma, lo primero que tendrían que hacer es agruparse como trabajadores de la cultura en asociaciones, confederaciones, sindicatos, partidos, y reivindicar el carácter político de su propia actividad operativa y creadora.

La historia política de la organización de los trabajadores de la cultura y de los intelectuales en México es vasta: recordamos el caso de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) de México, de los años treinta del siglo pasado y en la cual confluyeron escritores como Juan de la Cabada, músicos como Silvestre Revueltas y grabadores como Leopoldo Méndez, entre otros; o su antecedente directo: el Sindicato de Obreros, Técnicos, Pintores y Escultores, que aglutinó a la mayoría de los muralistas mexicanos, como David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera, José Clemente Orozco y tantos más.

Eso les permitió a los trabajadores de la cultura mantenerse como un sector social importante y plenamente reconocido por el

Estado mexicano a lo largo de todo el proceso histórico que acompañó a la consolidación de la Revolución mexicana de 1910, incluso una vez que el liderazgo de José Vasconcelos –quien los convocó y aglutinó cuando fundó y dirigió la Secretaría de Educación Pública, en 1921, con un proyecto nacional-popular de raigambre humanista– declinara entre 1924, año de su renuncia a la SEP, para contender por la gubernatura de Oaxaca, y 1929, año de su combativa candidatura presidencial.

Así pues, la organización sindical de los artistas, intelectuales, gestores, escritores –como trabajadores de la cultura– significaría restituir el vínculo entre formación política y formación ideológica o intelectual que se ha perdido en los últimos 30 años en México –los mismos que abarcan el periodo del neoliberalismo– y plantear que todo trabajo, ya sea intelectual o manual, requiere el pleno reconocimiento social y laboral, sobre todo cuando se han realizado proyectos concretos con los que se ha contribuido a la organización y a la vinculación orgánica de los sectores sociales o populares con la cultura en nuestro país.

La organización política de los trabajadores de la cultura y la reorientación de su actividad hacia una práctica de la significación de la vida social que tenga por objeto la conformación de una concepción del mundo arraigada en el sentido común nacional-popular del pueblo mexicano, vuelve a ser –una vez más– condición necesaria para colocar a la cultura en el centro de la lucha por impulsar y consolidar una transformación profunda de la vida pública de México.

15. UNA NUEVA ETAPA POLÍTICA EN BOLIVIA: MAS SOLIZ RADA, MENOS GARCÍA LINERA

El pueblo boliviano refrendó con firmeza, el 18 de octubre de 2020, su respaldo a un proyecto nacional-popular que llevó a su país a un crecimiento económico anual sostenido del 5% durante los gobiernos de Evo Morales, de 2006 a 2019.

Parcialmente, el artífice de aquel milagro económico fue el hoy presidente de Bolivia, Luis Arce Catacora, quien con base en una política económica sumamente disciplinada permitió una bonanza que propició el surgimiento de una nueva clase media boliviana con otro tipo de exigencias políticas, aunque dispuesta también a defender la fórmula distributiva que les permitió crecer y consolidarse.

Cabe decir que tal crecimiento económico no habría sido posible, por más disciplina estricta que se hubiera realizado en el manejo de las finanzas públicas, sin la estratégica nacionalización de los hidrocarburos llevada a cabo por el potente ministro de Energía Andrés Soliz Rada, en 2006 y, desde luego, sin la movilización nacional-popular conducida por el liderazgo carismático del presidente Evo Morales.

Por todo ello, debe comprenderse adecuadamente el verdadero significado del triunfo del Movimiento al Socialismo (MAS) en Bolivia y advertir también los riesgos latentes que enfrentaría la nación

andina ante el nuevo ciclo del movimiento nacional-popular que se abrió con la conquista de la presidencia por parte de Luis Arce.

En primer lugar, debe tomarse en cuenta el factor clave que ha jugado la geopolítica en aquel país, pues desde que el Estado mexicano puso a su resguardo la vida de Evo Morales y lo condujo primero a México y después a Argentina, comenzó un proceso de intensas negociaciones diplomáticas que muy probablemente permitieron acordar con Estados Unidos de América la necesidad de que hubiera elecciones limpias en aquel país y que se reconociera al ganador del proceso electoral sin más condiciones que una interlocución abierta con la potencia norteamericana. Esto fue facilitado por la pandemia de covid-19, que tomó por sorpresa a todos los actores políticos, y por las tensiones internas en EE. UU. de cara a las elecciones para la renovación del mandato presidencial, el 3 de noviembre de 2020.

En segundo lugar, el triunfo del MAS no necesariamente significó el de Evo Morales: es más bien el triunfo de su política económica basada en la defensa de la soberanía nacional y el fortalecimiento del Estado; en suma, es la ratificación electoral de la mayoría de la población –incluidas las clases medias beneficiadas por el crecimiento económico sostenido durante más de una década– de un proyecto nacional con la suficiente capacidad técnica y política para gestionar el manejo de las finanzas públicas con disciplina fiscal y un profundo sentido de la orientación del gasto social. Desde luego que esto no debe interpretarse como un viraje tecnocrático del proyecto político del MAS, sino más bien como la consecuencia necesaria de un proceso que busca consolidar la estabilidad política y económica lograda a lo largo de 13 años, interrumpida apenas por los 11 meses de gestión desastrosa de Jeanine Añez, y que atiende al reclamo razonable del sentido común nacional-popular de la mayoría de la población boliviana que brega por su continuidad.

En ese sentido, los dos riesgos que tiene este proyecto político para estabilizarse en un periodo más dilatado con otros actores,

o de verse severamente obstruido, es la ideología del indigenismo fundamentalista y de un proyecto de Estado plurinacional que ha sembrado ya la semilla de la fragmentación boliviana en el mediano y largo plazo. En la ya clásica diatriba entre el fundador de la izquierda nacional boliviana, Andrés Soliz Rada, ministro de Energía en 2006, y el vicepresidente Álvaro García Linera, proveniente del indigenismo extremista, se observan dos cuestiones que requieren ser atendidas. Para Soliz Rada, la concreción del proyecto plurinacional del Estado boliviano, abiertamente promovido por las organizaciones no gubernamentales (ONG) en los noventa, ligadas a los intereses del financiamiento global, representaba ineluctablemente la quiebra de la nación política boliviana, ya que al reconocer a falsas naciones indígenas —¡nada menos que 36!— abría la posibilidad a que en algún momento cualquiera de ellas desconociera su pertenencia a un Estado nacional sólido y verdaderamente unificado a lo largo de un complejo proceso histórico, como es el caso de Bolivia.

De allí se desprendía la otra cuestión: el hecho de que un Estado nacional fuerte y unificado es la única garantía para enfrentar con éxito los intereses económicos de las potencias extranjeras, que de ningún modo promoverían la fragmentación política plurinacional en sus respectivos países en aras de una supuesta diversidad étnica artificialmente construida; además de la incapacidad de las ideologías indigenistas para proponer alternativas mínimamente viables para el desarrollo nacional-estatal. Decía Soliz Rada con gran lucidez: “los indigenismos pretenden destruir a los Estados nacionales inconstituidos. Su capacidad de proponer alternativas viables es nula. Por esa razón, se agotan en la repetición de generalidades, carentes de propuestas concretas. Y es lógico que así sea. En efecto, ¿cómo proponer algo coherente desde visiones atomizadas por cientos de pluralismos entrecruzados por cosmovisiones incompatibles entre sí?” (Soliz Rada, 2015, p. 133).

El camino de la fragmentación es el verdadero peligro para la consolidación del proyecto del MAS y del movimiento nacional-popular

en Bolivia. El gobierno de Luis Arce debe reconsiderar seriamente la viabilidad de un proyecto plurinacional que solo puede conducir a la fragmentación política en el mediano o largo plazo, y que ya ha manifestado fracturas frente al sentido común nacional-popular, que está dispuesto a defender las condiciones de un desarrollo económico estabilizador que beneficie a las mayorías, pero no a profundizar un proceso de desintegración o de suplantación de la identidad nacional histórica que genere rompimientos o convulsiones sociales.

Por esa razón, de las dos tendencias que presenta el movimiento nacional-popular boliviano debe prevalecer la fórmula de la izquierda nacional de Soliz Rada –que busca la defensa de la unidad política, la soberanía estatal y el desarrollo nacional–, opuesta a la ideología indigenista que apunta solo a la desintegración nacional y a la pérdida de eficacia en la gestión del Estado; dicho con otras palabras, Bolivia necesita MAS Soliz Rada, y menos García Linera.

16. EL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO: EL LEGADO HISTÓRICO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA A LA 4T

La Revolución mexicana hereda a la 4T una concepción de la nación, pero, sobre todo, una ideología constitutiva del Estado mexicano: el nacionalismo revolucionario. Sin este núcleo de ideas no hubiera sido posible configurar el aparato institucional con el que México logró concretar distintos objetivos del programa social del movimiento revolucionario de 1910 en el siglo XX.

Esta ideología se nutrió del decisivo componente nacional-popular representado por las masas campesinas y obreras que participaron activamente en todas las fases de la Revolución mexicana –desde la democrático-electoral, con Madero; la constitucionalista, con Carranza; la institucional, con Obregón y Calles, y, finalmente, la soberanista, con Cárdenas– y cuya impronta quedó marcada en el diseño del texto constitucional de 1917, fundamental para instrumentar las distintas reformas sociales que configuraron el nuevo rostro de la nación en el siglo XX.

El nacionalismo revolucionario se caracterizó por identificar el interés propio de México con el de las clases populares y, sobre todo, por reivindicar un proyecto estatal que permitiera garantizar el pleno ejercicio de la soberanía del país en función de un desarrollo económico independiente y estratégico, mediante la incorporación

de las masas a las decisiones políticas en distintas instancias del Estado. Por esta razón, Arnaldo Córdova observó con suma perspicacia que el régimen de la Revolución mexicana había alcanzado aquello que no pudo concretar el presidente Porfirio Díaz durante su larga gestión de gobierno —a pesar de que su fuerte liderazgo contribuyó a consolidar la unidad política nacional—: una estructura institucional sólida que mantuviera y apuntalara la unificación de la nación (Córdova, 1972, pp. 13-23).

En efecto, la Revolución mexicana había logrado construir un Estado fuerte que permitía darle un cauce y una mayor cohesión a la nación unificada durante la hegemonía del liberalismo juarista y porfirista en la segunda mitad del siglo XIX, por lo cual esa estructura institucional sólida, impulsada por la movilización efectiva de las masas durante el cardenismo y por su organización en sectores incorporados a las distintas instancias estatales, permitió un crecimiento económico sostenido durante tres décadas y avanzó en la fundación de organismos educativos y de seguridad social para el bienestar de la población.

Conforme fueron avanzando las inevitables contradicciones entre un modelo económico basado en la rectoría del Estado que requería del fortalecimiento de la burguesía nacional y del encuadramiento pasivo de las masas en organizaciones obreras y campesinas incorporadas a las instituciones del Estado, el sector de la burguesía financiera fue tomando distancia del proyecto nacional-popular de la Revolución mexicana y se alió con una fracción interna del sistema político que terminó por imponerse y articularse de manera orgánica con el conglomerado de los intereses económicos financieros.

Así nació el neoliberalismo en nuestro país, al desplazar durante la década de los ochenta al componente nacional-popular de la Revolución mexicana de la dirección del Estado y liquidando, paulatinamente, la ideología del nacionalismo revolucionario.

Después de 30 años de instalado el neoliberalismo en México, que ha llevado al debilitamiento de las instituciones y a su

postración ante los organismos del financierismo global, además de su connivencia malsana con los más diversos poderes fácticos del país –bancos, medios de comunicación, narcotráfico y delincuencia organizada–, se requiere la regeneración de una nación quebrantada y la cual necesita de una potente intervención estatal para recuperar su cadencia y su plena salud pública.

Con la llegada de Andrés Manuel López Obrador a la Presidencia de la República, también retorna a la toma de decisiones del Estado mexicano el componente nacional-popular reconfigurado de manera democrática y con una renovada concepción de la nación y el poder político que encuentra en la ideología del nacionalismo revolucionario uno de sus vectores fundamentales.

Quizá la principal lección del nacionalismo revolucionario sea que al neoliberalismo no se le combate con tribus nómadas ni con sectas anarquistas, ni mucho menos con ONG, que son meras correas de transmisión con los intereses del globalismo financierista, sino con Estados nacionales fuertes.

Esa puede ser la gran herencia de la Revolución mexicana al proyecto de la Cuarta Transformación.

17. VÍCTOR FLORES OLEA Y LA EXTINCIÓN DE LA GENERACIÓN DE MEDIO SIGLO

La denominada generación de Medio Siglo en México se caracterizó por desarrollar una visión del país que fusionaba dos elementos en aparente contradicción: por un lado, un afán de ser cosmopolitas ante una realidad mundial signada por los horrores de la guerra que requería de la construcción de un orden internacional dotado de instituciones efectivas para superarlos; y, por otro, la defensa de un auténtico nacionalismo que reivindicaba con energía la actualidad de la cuestión mexicana. La pregunta que se formularon –así como lo hicieron los jóvenes filósofos del grupo Hiperión– fue, precisamente, aquella que interrogaba sobre el significado de ser mexicano en un periodo de crisis que cuestionaba el sentido de la existencia misma y de todas las certezas políticas y sociales hasta ese momento levantadas.

A esta generación pertenecieron políticos, intelectuales y escritores como Carlos Fuentes, Francisco López Cámara, Porfirio Muñoz Ledo, Jaime García Terrés, Enrique González Pedrero y Víctor Flores Olea. Este último falleció la noche del 22 de noviembre de 2020, a la edad de 88 años, y fue quien por muchas razones encarnaba los ideales y las contradicciones de este grupo generacional: se mantuvo atento al escrutinio de la realidad nacional desde un trabajo

intelectual que desarrolló en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y en diversos periódicos, revistas y suplementos culturales. También se destacó por ser un funcionario público del más alto nivel en el ámbito cultural durante el régimen posrevolucionario: director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, de 1970 a 1975, representante de México ante la UNESCO y otros organismos internacionales de 1976 a 1982; y fundador del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) en los noventa, durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari.

Con la muerte de Flores Olea se extingue, de manera formal, la generación de Medio Siglo porque a pesar de que algunos de sus miembros siguen activos, como el empresario y exgobernador de Veracruz, Miguel Alemán Velasco; el ex director del Fondo de Cultura Económica, exgobernador de Tabasco y mentor político del presidente Andrés Manuel López Obrador, Enrique González Pedrero,¹ o el diputado federal Porfirio Muñoz Ledo,² derrotado en la contienda por la presidencia de Morena por el joven político Mario Delgado, la realidad es que dejaron de funcionar como grupo en 1968, aunque quizás haya sido más bien hasta finales de los años ochenta, cuando algunos de ellos tomaron la decisión de mantenerse en las filas del sistema político emanado de la Revolución en pleno viraje neoliberal salinista, mientras sus coetáneos rompían con el partido oficial mediante la conformación de la Corriente Democrática del PRI e impulsaban un amplio frente electoral contra la facción neoliberal. A la larga, una vez que se consumó la alternancia en el país y que el partido tricolor quedara desplazado como verdadero núcleo condensador del nacionalismo revolucionario, los integrantes de la generación de Medio Siglo se reencontraron en actos académicos o tertulias culturales, coincidiendo en sus ideas básicas, pero ya sin un proyecto político claro con el cual identificarse.

¹ También ya fallecido, el 6 de septiembre de 2021, a los 91 años de edad.

² Fallecido el 9 de julio de 2023.

La cuestión de fondo estriba en que los integrantes de esta generación pugnarón por la inserción de México en los organismos internacionales que surgieron después de la segunda guerra mundial –como la ONU o la UNESCO–, sin que ello implicara abandonar la potente cultura nacionalista que se consolidaba en nuestro país en aquellos años como resultado del crecimiento económico y el intenso proceso ideológico de la “Unidad Nacional”. Pensaban que de esa forma su generación podía aspirar a ser auténticamente cosmopolita sin dejar de ser profunda e inquietantemente mexicana, actualizando la divisa de Alfonso Reyes, según la cual la única forma de ser provechosamente nacional era siendo generosamente universal.

El error de apreciación de la generación de Medio Siglo consistió en no advertir que con la fundación de dichas instituciones para la construcción de un orden internacional que estableciera lineamientos para la convivencia de las naciones, simultáneamente se desplegaba el fenómeno de la globalización económica: en un primer momento dichos organismos contribuyeron al fomento del desarrollo en distintas regiones del globo, pero también funcionaron como diques de contención de los intereses geopolíticos del bloque comunista en la guerra fría y, una vez colapsado este, comenzaron a impulsar una agenda globalista que fue usada políticamente por EE. UU. para intervenir abiertamente en distintos países mediante la evaluación de la calidad de la democracia, la revisión de la procuración de los derechos humanos y la difusión de las llamadas políticas de identidad.

En efecto, con el fenómeno de la globalización venía de la mano también el neoliberalismo, y cuando tal modelo se presentó con toda su crudeza en México, miembros destacados de aquella generación –como Porfirio Muñoz Ledo– pensaron que se trataba de una cuestión estrictamente económica que podía resolverse regresando la conducción del desarrollo al Estado, pero sin tener que renunciar ni mucho menos romper con los organismos internacionales de la globalización, e incluso apoyándose en ellos para

fomentar un viraje hacia el interior de cada país afectado por el neoliberalismo.

Nunca se imaginaron que con la irrupción de un liderazgo como el de Donald Trump en EE. UU., consecuencia del malestar de la población norteamericana con la globalización económica neoliberal, se rompiera con esos organismos internacionales y se prescindiera de ellos para la puesta en marcha de una política internacional basada en el “cara a cara” y en el reconocimiento de liderazgos fuertes con los que se pudiera llegar a acuerdos convenientes para ambas partes. Por esa razón, Muñoz Ledo publicó en Twitter que con el fin de la era Trump se acababan “las relaciones caciquiles, caprichosas e infecundas entre jefes de Estado: el llamado *diálogo de orangutanes* para mejor provecho de sus corifeos”, y apresuraba a que Andrés Manuel López Obrador reconociera el triunfo de Joe Biden porque con él se abría “la perspectiva de una diplomacia orgánica, respetuosa y con visión global que aproveche lo mejor de nuestro servicio exterior y comprenda, ordene y diferencie nuestros intrincados vínculos con los EE. UU. en el ámbito doméstico, fronterizo, migratorio, binacional, regional e interregional”.

La ingenuidad de la generación de Medio Siglo, manifiesta en las declaraciones de Muñoz Ledo, a caballo entre la aspiración a ser cosmopolitas a través de organismos fallidos como la ONU y la reivindicación de un nacionalismo revolucionario cada vez más edulcorado, confunde perspectiva global con apología del neoliberalismo. No hay perspectiva global sin neoliberalismo, ni globalización sin debilitamiento de las soberanías nacionales. La confusión también le tocó a Víctor Flores Olea, quien en 1999 escribió el libro *Crítica de la globalidad. Dominación y liberación en nuestro tiempo*, reactualizando el debate teórico y político abierto por la teoría de la dependencia en los setenta, si bien aderezándolo con las tesis de la filosofía de la liberación que en ese momento comenzaban a cristalizar un profundo cuestionamiento al fenómeno de la globalización a partir de la exclusión que generaba y del papel que podían desempeñar las “víctimas” en su contención.

Aun cuando no aludía en su estudio con la suficiente claridad a la importancia de la vigorización de los Estados nacionales frente al fenómeno de la globalización económica, Flores Olea parecía diferenciar entre neoliberalismo, o globalización, y organismos internacionales que podían contribuir todavía al fomento de alternativas para el desarrollo, usando incluso en su libro datos arrojados por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (Flores Olea, 1999).

Con la muerte de Víctor Flores Olea se extingue la generación de Medio Siglo en México, misma que a pesar de sus contradicciones manifiestas en la aspiración de un modelo de orden global, no renunció, inclusive con sus extravíos y confusiones, al nacionalismo ni a la reivindicación de la cuestión mexicana. Nos toca a otros dejar las cosas en claro y evitar sucumbir a los cantos del cosmopolitismo ingenuo que engendraron el desastre de la globalización económica y neoliberal de nuestro tiempo.

18. SOBRE LA GUÍA ÉTICA PARA LA TRANSFORMACIÓN DE MÉXICO

El jueves 26 de noviembre de 2020 fue presentada en la conferencia mañanera de Andrés Manuel López Obrador la *Guía Ética para la Transformación de México*, la cual no queda claro del todo si es un documento que sustituye a la propuesta de una *Constitución moral*, formulada como compromiso número 99 de la Presidencia de la República, o si es la base para convocar a la población en torno a la discusión de la misma.

Lo cierto es que la *Guía Ética para la Transformación de México* es un documento de 34 cuartillas que fue redactado por una comisión conformada por Jesús Ramírez Cuevas, Verónica Velasco, Enrique Galván Ochoa, José Agustín Ortiz Pinchetti, Pedro Miguel y Margarita Valdés –estos dos últimos convocados con posterioridad–; y que consta de una *Presentación*, donde se explican los motivos y se resalta el carácter perfectible del texto, “abierto a la discusión y al enriquecimiento por parte de la ciudadanía”, y de 20 artículos de desigual extensión que hablan: 1) del respeto a la diferencia; 2) de la vida; 3) de la dignidad; 4) de la libertad; 5) del amor; 6) del sufrimiento y el placer; 7) del pasado y del futuro; 8) de la gratitud; 9) del perdón; 10) de la redención; 11) de la igualdad; 12) de la verdad, la palabra y la confianza; 13) de la fraternidad;

14) de las leyes y la justicia; 15) de la autoridad y el poder; 16) del trabajo; 17) de la riqueza y la economía; 18) de los acuerdos; 19) de la familia, y 20) de los animales, las plantas y las cosas.

El texto en su conjunto es irregular, sin la justificación suficiente sobre el orden en que los distintos artículos que lo conforman fueron integrados, y a pesar de que el presidente López Obrador haya señalado que es similar a la *Cartilla moral* de Alfonso Reyes —solo que actualizada “a la luz de los nuevos tiempos”—, lo cierto es que la *Guía Ética* es un documento encomiable, valorado sobre todo por el esfuerzo de más de dos años que tardó su redacción, pero justo por esa misma razón resulta apenas aceptable.

El título mismo de *Guía Ética* es anticlimático en tanto refiere a esos manuales con protocolo de actuación del personal médico en situaciones de emergencia o de crisis sanitarias, como la que vivimos con la covid-19, y que remite a la malhadada discusión en torno a la *Guía Bioética para la Asignación de Recursos Limitados de Medicina Crítica en Situación de Emergencia*, que tanta polémica causó a principios de la pandemia en el círculo rojo de los filósofos académicos y de una buena parte de la reacción elemental del país ante la posibilidad de escasez de equipo médico, pero que gracias a las medidas de prevención tomadas por el gobierno federal no pasó de ser una mera elucubración hecha por los opositores para cuestionar la estrategia sanitaria.

Al parecer, la Comisión de redacción de la *Guía Ética para la Transformación de México* optó por el empleo del concepto “ética” para evitar los efectos que podía causar el de “moral” en la opinión pública, sobre todo en el sector académico e intelectual —aun cuando el término “moral” es mejor conocido por la población mexicana—, desechando la articulación de una defensa y una justificación más enérgica de toda una concepción de la moral pública tan necesaria en un momento de crisis orgánica del Estado y de la sociedad mexicana propiciada por el neoliberalismo.

Si la Comisión redactora desconocía autores, podía haber empezado por el propio Reyes que, sin aludir al debate existente en la

tradición filosófica en torno al empleo de “ética” o “moral”, y más bien dándolo por irresoluble, e incluso estéril, se inclinó por el uso del término moral para la articulación de todas sus reflexiones sobre el bien y el respeto como condiciones indispensables para la construcción de una mejor sociedad; o también podían haber revisado a pensadores de la tradición socialista como Antonio Gramsci, tan emblemático en este proceso histórico, quien al reivindicar el sentido común nacional-popular, sostuvo siempre la necesidad de una renovación intelectual y moral en una sociedad que experimenta un proceso profundo de transformación política.

Otro aspecto problemático del texto, que lo aleja del de Alfonso Reyes en su hechura, es la ausencia de método para integrar sus reflexiones: no queda claro por qué el respeto a la diferencia debe ser el primero de los preceptos o valores propuestos en la *Guía Ética*, y por qué nombrarlo de esa forma es más legítimo que hacerlo, por ejemplo, como respeto al otro o al prójimo, o a la persona en general: quizás hubiera quedado mejor formulado el título del artículo como “Del respeto a la pluralidad”, para advertir con ello además un plano fundamental de la convivencia democrática.

En el mismo sentido, tampoco es entendible la causa por la cual el artículo que habla de la importancia de la familia es relegado hasta el lugar 19, cuando es descrita como la “principal institución de seguridad social de México” y “la célula básica de la sociedad”. La falta de un método, es decir, la falta de un camino seguro a través del cual conducir de la mano al lector-ciudadano en una reflexión moral que abone en su formación cívica y política, hace de la *Guía Ética* un texto deshilvanado y con poca fuerza para la captación de una idea de conjunto.

No obstante estos señalamientos críticos, debo reconocer que la *Guía Ética* tiene pasajes memorables, por ejemplo el apartado que trata del trabajo, o aquel que nos sumerge en la reflexión sobre el sufrimiento y el uso del placer, o de la necesidad de la conciencia histórica de lo que somos en el apartado que aborda la cuestión del pasado y del futuro, aunque la brevedad de los textos de algún modo los limita.

Igualmente, las reiteradas referencias a las máximas que ha postulado el presidente de la república como ejes rectores de su gestión: “no robar, no mentir, no traicionar”, o aquella que señala de manera tajante que “el poder solo tiene sentido y se convierte en virtud cuando se pone al servicio de los demás”, hace de toda la *Guía Ética* un texto poderosamente obradorista que sin duda, junto a la *Cartilla moral*, de Alfonso Reyes, servirá de instrumento indispensable para detonar la reflexión pausada y serena en la ciudadanía en torno al significado de una moral pública o una ética política en un momento en el que lo nuevo no acaba por nacer y lo viejo no termina por morir, y en el que también se han sentado las bases ya para que la cuarta transformación de la vida pública de México sea en verdad perdurable.

19. MÉXICO ANTE LA CRISIS ORGÁNICA DE EE. UU.

La toma del Capitolio, sede del Poder Legislativo norteamericano, el 6 de enero de 2020 a manos de una multitud de ciudadanos inconformes con el proceso electoral, agudizó la crisis orgánica de EE. UU. iniciada hace aproximadamente 25 años. Una crisis orgánica se genera, de acuerdo con Gramsci, cuando las clases dirigentes pierden toda capacidad de articular al resto de las demás clases y grupos sociales a través del consenso, propiciando que las instituciones del Estado entren en una especie de colapso al no poder procesar los reclamos de los distintos organismos de la sociedad civil. El resultado es un “interregno” donde –igualmente– lo viejo no acaba por morir y lo nuevo no termina por nacer, que puede prolongarse de manera indefinida hasta que una fuerza política sea capaz de asumir la dirección del Estado mediante un proyecto de nación, o se restaure el antiguo orden de cosas con una mayor crudeza a través del uso de la fuerza.

La crisis de EE. UU. es, pues, una “crisis orgánica”, estructural, no meramente coyuntural, que se remonta a mediados de los años noventa, cuando la oligarquía financiera desplazó a la burguesía industrial en el marco de la desregulación neoliberal de la economía, arrasando consigo a millones de norteamericanos pertenecientes

a la clase trabajadora que no solo perdieron sus empleos, sino que con ello vieron mermadas aún más sus condiciones de vida de por sí precarizadas con sistemas de salud y educación privatizados, y con una desigualdad brutal que concentró el ingreso en una élite globalista neoliberal cada vez más separada de las aspiraciones del grueso de la población norteamericana.

El fenómeno de Donald Trump surgió precisamente como una respuesta a esa crisis orgánica, cuya candidatura presidencial en 2016 fue percibida por las masas *wasp*¹ empobrecidas como la posibilidad de recuperar su modo tradicional de vida, sus fuentes de empleo y la promesa de hacer a América grande otra vez, colocando a los agentes de la globalización como los enemigos que debían ser vencidos para impulsar una reindustrialización de la economía nacional que permitiera desligarse de los intereses corporativos transnacionales y de organismos burocráticos internacionales como la ONU, la OMS y todos aquellos convenios del mismo tenor que no resultaban beneficiosos para los intereses inmediatos de los estadounidenses.

Dicho con otras palabras, Trump rompió el consenso neoliberal norteamericano, compartido tanto por el Partido Demócrata como por el Republicano a lo largo de tres décadas, y alcanzó el poder presidencial con un discurso nativista que ciertamente exaltó el supremacismo blanco y la condena a la migración masiva a EE. UU. —afectando principalmente a los mexicanos en un primer momento—, pero que una vez llegado a la presidencia y, sobre todo, una vez que Andrés Manuel López Obrador arribó al poder en México con una contundente victoria electoral, se fue modificando hasta reconocer a los mexicanos residentes en EE. UU. y a México como un aliado estratégico en su proyecto de reconstrucción nacional.

Por esa razón, el papel de nuestro país ante la crisis orgánica de Norteamérica será decisivo, ya que los mexicanos residentes en

¹ “White Anglo-Saxon Protestant” (blanco, anglosajón, protestante) son los términos que identifican a ese grupo cultural mayoritario de EEUU.

EE. UU. conforman una población que oscila entre los 40 y 60 millones de habitantes, quienes ante la reformulación de la relación bilateral, y, sobre todo, ante el apoyo de la administración Trump a distintas medidas de gobierno del presidente Andrés Manuel López Obrador, decidieron votar por él de manera masiva en estados como Texas y Arizona, e incrementaron notablemente el voto a favor de Trump en un 30% en bastiones históricos de los demócratas, como California.

Es muy probable entonces que de cara a esta agudización de la crisis orgánica en EE. UU., cuyo desenlace es impredecible, la alianza entre los *wasp* nacionalistas y los mexicanos residentes en aquel país se profundice y converja en un amplio proyecto que termine por hacer sucumbir al globalismo en la potencia del norte. Aunado a esto, el liderazgo indiscutible del presidente Andrés Manuel López Obrador en México y entre los connacionales residentes en EE. UU., marcará la pauta para que esa alianza se concrete en beneficio de una configuración política en aquel país que beneficie de manera contundente el desarrollo soberano de México. Hay una coyuntura similar a la de 1867, cuando las facciones nacionalistas de ambos países combatieron al enemigo común que buscaba soterrarlas; ahora ese enemigo común es el globalismo neoliberal.

20. LA CUARTA TRANSFORMACIÓN Y LA DIMENSIÓN NACIONAL-POPULAR

I. ¿QUÉ SIGNIFICA LA CUARTA TRANSFORMACIÓN?

El significado político de la *Cuarta Transformación* (4T) se clarifica mejor si se determinan con mayor precisión los principales elementos o dimensiones que articulan al proyecto de nación que le dan sustento. Estos elementos fundamentales sin los cuales no es posible asimilar el pleno carácter de la denominada *Cuarta Transformación de México* son: la dimensión nacional, la dimensión popular, la dimensión democrática y la dimensión social.

Desde luego que existen otras formas de aproximarse al significado político de la Cuarta Transformación, sobre todo si se toman en cuenta las declaraciones del principal dirigente que la encabeza y, hasta cierto punto, la encarna, a saber, el presidente Andrés Manuel López Obrador. Una de ellas es la noción misma de transformación, la cual está conceptualizada como un “proceso semejante a una revolución, pero sin ser violento”, y la ubicación histórica en la que el propio presidente ha colocado a la 4T en la historia nacional.

En ese sentido, la Cuarta Transformación es un proceso político que establece una línea de continuidad con otros momentos históricos de gran calado que han definido a México como nación política independiente a lo largo de sus años de desarrollo plenamente soberano: 1.º) la revolución de Independencia, de 1810 a 1821; 2.º) la reforma juarista de 1857, complementada con la restauración de la república en 1867, después del triunfo sobre la intervención francesa y el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo; 3.º) la Revolución mexicana de 1910, y 4.º) la gran insurgencia popular-electoral de 2018, que derrotó en las urnas a la corriente política que instauró el neoliberalismo en México a lo largo de 36 años.

Cada una de estas transformaciones históricas obedece a momentos concretos a través de los cuales se ha constituido políticamente la nación mexicana, en cuanto tal y sin los cuales no podría ser concebida; es decir, son determinaciones esenciales que explican la configuración específica que ha adquirido México como país y que, *grosso modo*, remiten a: a) *su nacimiento*; b) *su viabilidad como proyecto soberano* a través del liderazgo de figuras patrióticas que lograron conformar un poder político central que impuso la unidad nacional en todo el territorio ante tendencias centrífugas que la vulneraban; c) *su consolidación a través de la formación de un Estado fuerte* que institucionalizó ese poder político central y lo desplegó a lo largo y ancho de la república; y, finalmente, d) *su regeneración ante la captura del conjunto de las instituciones estatales por los poderes fácticos que proliferaron en el periodo neoliberal y que la llevaron a su decadencia*; por todo ello requiere, a la vez, del sustento de un vigoroso movimiento nacional-popular democrático que reivindique el interés público para separar de manera efectiva al poder político del poder económico.

Otra forma de acercarse a la comprensión del significado de la Cuarta Transformación es posible con la noción de “cambio de régimen” o de la idea de “purificación de la vida pública”, pues ambas apuntan hacia un ámbito específicamente político y ético,

respectivamente. La noción de “cambio de régimen” se refiere a la necesidad de construir un orden político nuevo, como preconizaba Gramsci, que cancele el viejo orden neoliberal basado en la corrupción, las canonjías y los privilegios, y que se articule de manera estratégica con la idea de “purificación de la vida pública”, la cual asume una impronta moral que recupera el binomio indispensable entre ética y política al plantear que solo será posible la construcción de ese orden político nuevo al cual se aspira con una profunda renovación intelectual y moral de la sociedad, es decir, con una “revolución de las conciencias”.

Todo ello advierte que la Cuarta Transformación es un proceso de carácter político que se encuentra sumamente ligado a una perspectiva moral identificada con el objetivo de construir una nueva ética pública, es decir, una nueva forma de concebir y practicar las relaciones sociales para que con ello se contribuya a la reconstrucción del tejido social, resquebrajado por el neoliberalismo en sus distintas fases de adopción en nuestro país, y se inicie la regeneración de la nación.

En esa concepción de la política como acción colectiva regeneradora de la nación desempeña un papel fundamental la figura del Estado, ya que es a través del conjunto de sus instituciones que será posible estructurar las decisiones con las cuales se comience a revertir el proceso de deterioro de la vida pública en todas sus esferas: política, social, económica, cultural, moral, intelectual.

Así, pues, tenemos que la Cuarta Transformación es un concepto histórico-político global que apunta hacia un proceso de regeneración de las estructuras de la nación para su plena vigencia y actualización, en una coyuntura signada por el debilitamiento del Estado y la dispersión de sus esfuerzos que se coaligaron con los intereses privados más ominosos en el periodo neoliberal, y cuyos efectos fueron el abandono de la población a su suerte y la incapacidad de las instituciones para garantizar su seguridad en un sentido amplio: desde la protección a sus vidas y bienes –como señalaban los iusnaturalistas del siglo XVII– hasta la satisfacción de

los derechos sociales más elementales, como el empleo, la salud, la vivienda y la educación: tal cual era la aspiración del llamado Estado de bienestar que surgió ante la grave crisis económica de 1929 en el pasado siglo.

II. EL PROYECTO ALTERNATIVO DE NACIÓN 2018-2024 DE ANDRÉS MANUEL LÓPEZ OBRADOR

En cuanto al proyecto de nación que la Cuarta Transformación enarbola y que, desde mi perspectiva, es la aproximación más certera a su verdadero significado político, se puede revisar la plataforma electoral y el programa de gobierno que Andrés Manuel López Obrador presentó ante el Instituto Nacional Electoral en 2018: *Proyecto Alternativo de Nación 2018-2024*.

En las líneas maestras de dicho plan se encuentran rubros como “legalidad y erradicación de la corrupción”, “combate a la pobreza”, “recuperación de la paz”, “autosuficiencia energética”, “autosuficiencia alimentaria”, “reconstrucción nacional” y “competitividad internacional”, entre otros, estructurados por determinados ejes rectores que reiteran en cada uno de esos rubros la necesidad de defender el interés nacional, procurar una austeridad republicana en el manejo de las finanzas públicas y combatir la corrupción que propició el régimen neoliberal “para alentar el cambio de rumbo que se requiere y alcanzar el objetivo de la reconstrucción nacional”, ya que “en 2024 queremos vivir en un México justo, democrático, soberano, pacífico y transparente” (2018, p. 3).

De esta forma las ideas de justicia, democracia, soberanía nacional, paz y transparencia (hacer más pública la vida pública, como decía Daniel Cosío Villegas) son los principales lineamientos que estructuran el proyecto alternativo de nación que fue puesto a consideración de los mexicanos en el pasado proceso electoral por la Presidencia de la República y que finalmente fue elegido de manera abrumadora con el 53% de la votación, el 1.º de julio de 2018.

Ante ello, es posible afirmar que las dimensiones nacional, popular, democrática y social son los principales componentes del proyecto que impulsa el presidente Andrés Manuel López Obrador y que transcurridos ya cinco años de su gestión gubernamental se pueden constatar como los principales ejes articuladores que orientan sus decisiones estratégicas, constituyendo un perfil muy específico que permite identificar a la Cuarta Transformación como un proceso político con una fuerte impronta nacional-popular de carácter democrático, cuyo objetivo fundamental es generar las condiciones para que mediante una reasignación del gasto social y la elevación a rango constitucional de distintos programas sociales se atienda y beneficie directamente a las grandes mayorías empobrecidas de nuestro país.

Dicho de otra forma, la Cuarta Transformación arraiga en la tradición de un nacionalismo popular que se ha reconfigurado de distintos modos a lo largo de la historia de México, siendo el más inmediato de estos la corriente ideológica del nacionalismo revolucionario que definió el perfil de la Revolución mexicana en un periodo que abarca por lo menos desde 1910 hasta 1982, y que ahora asume un cariz democrático que se caracteriza, sobre todo, por un proceso de politización del componente popular que lo involucra activamente en la toma de decisiones del Estado, canalizándolo en distintos procesos participativos con los cuales se presiona a instancias como la Suprema Corte de Justicia de la Nación, con la finalidad de impulsar cambios en su funcionamiento que sean favorables a los intereses de esos sectores populares, y sin menoscabo del papel central de legitimación política que desempeñan los mecanismos formales de participación electoral con los que se renueva periódicamente a las autoridades políticas de nuestro país, en un marco de plena garantía del ejercicio de las libertades.

III. LA NOCIÓN DE *PROYECTO NACIONAL*

A partir de lo expuesto, es sumamente relevante advertir que la noción de *proyecto de nación*, o *proyecto nacional*, no es una expresión que sea original del movimiento nacional-popular encabezado por el presidente Andrés Manuel López Obrador, sino el legado de un sector de la izquierda mexicana socialista de los años ochenta, mismo que, en el contexto de la reforma política de 1977 y del proceso de unificación partidista en el que participó, insistió en la necesidad de que esas nuevas organizaciones que surgían en aquellos años, como el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y el Partido Mexicano Socialista (PMS), formularan un programa de gobierno con una perspectiva de transformación social acorde con la realidad de nuestro país y que además fuera lo suficientemente atractivo para obtener el respaldo de la población en los procesos electorales.

Lo que estaba en juego con la noción de *proyecto nacional* era cuestionar la idea de un modelo socialista abstracto y de carácter supuestamente universal que podía ser aplicado sin ningún tipo de mediaciones a la realidad histórica compleja de un país como México, y que era sostenida por grupos radicales de la extrema izquierda que desdeñaban los procesos de unificación partidista impulsados por el Partido Comunista Mexicano (PCM), el Movimiento de Acción Popular (MAP) y otras organizaciones más, al considerarlos como meras maniobras burguesas o reformistas distractoras de los esfuerzos que implicaba la revolución proletaria. Estos grupos radicales, al sostener una concepción catastrofista de la acción política, optaron por la lucha armada o por la militancia en organizaciones marginales que, al quedar completamente desvinculadas de las demandas de las clases populares, fueron incapaces de orientarlas y de incidir de manera decisiva en la realidad social.

La noción de *proyecto nacional*, precisamente, combatía esos reduccionismos y planteaba como premisa de la acción política socialista la necesidad de comprender de manera efectiva la configuración de la realidad mexicana mediante el análisis del funcionamiento

específico del Estado y del significado de la Revolución mexicana, así como de las tendencias observables en el movimiento obrero que en ese momento reclamaba una democratización efectiva de sus respectivos organismos de representación sindical.

La tesis que este sector de la izquierda mexicana sostenía era que no podía conformarse una auténtica alternativa socialista en México sin un proyecto nacional que se identificara con los intereses de las clases populares, y el cual se vinculara orgánicamente con sus organizaciones mediante un programa de acción impulsado desde los partidos políticos socialistas que surgían de los distintos procesos de unificación llevados a cabo en los años ochenta.

En esa idea central, los principales documentos a través de los cuales este sector de la izquierda mexicana insistió en la articulación de un proyecto nacional fueron los libros: *México, hoy* (Siglo XXI, 1979), coordinado por Pablo González Casanova y Enrique Florescano; y *México: la disputa por la nación. Perspectivas y opciones de desarrollo* (Siglo XXI, 1981), de Rolando Cordera y Carlos Tello¹.

Ambos libros ofrecían diagnósticos de la situación en la que se encontraba México en la coyuntura de finales de los años setenta y principios de los ochenta, y establecían las causas de lo que a su juicio explicaba la crisis estructural del país. Esta consistía, de acuerdo con los autores de *México: la disputa por la nación...*, en el agotamiento del modelo corporativo mediante el cual el sistema político emanado de la Revolución mexicana obtenía legitimidad por

¹ Este sector de la izquierda mexicana socialista al que me refiero fue el conformado por el Movimiento de Acción Popular (MAP), surgido en 1981 de “las experiencias ligadas a la corriente de la revista *Punto Crítico* y la atracción que ejerció en algunos círculos de la izquierda intelectual el movimiento sindical del SUTERM”. Luis Ángel Ortiz Palacios añade que además de *México, hoy* y *México: la disputa por la nación*, “los libros colectivos *La desigualdad en México* (1984) y *México ante la crisis* (1985), fueron vistos también como representativos de las posiciones de esa corriente política de la izquierda, que era caracterizada como reformista y estatista, sobre todo por sectores pertenecientes a la denominada izquierda revolucionaria” (Ortiz Palacios, 2001, pp. 45-46).

parte de los sectores populares, ya que al incorporarlos a la toma de decisiones del Estado a través del otorgamiento a sus dirigentes de diputaciones, senadurías, gubernaturas o cargos administrativos, afianzaba un pacto social con las masas obreras y campesinas que le permitía dirigir el desarrollo económico del país y formar una verdadera burguesía nacional, a la par de la creación de instituciones de seguridad social para los trabajadores y el otorgamiento de incrementos salariales reales.

Sin embargo, con el paso de los años, el régimen corporativo de la Revolución mexicana comenzó a resultar contraproducente a los intereses de los sectores populares, debido a que en la medida en que la burguesía nacional monopolista se consolidaba, su actividad política era cada vez más abierta y agresiva al grado de presionar al Estado de distintos modos para que se desligara de los sectores populares que sustentaban el pacto que le daba legitimidad social y política, pues advertía en ese componente del sistema político un serio obstáculo para el despliegue de su hegemonía.

De este modo, al presentarse la crisis económica de finales de los años setenta, y al repercutir sus efectos en toda la población, las clases populares comenzaron a impulsar procesos de democratización en sus respectivos organismos de representación gremial y sindical con la finalidad de reorientar la política económica del Estado hacia posiciones más cercanas al nacionalismo revolucionario, haciendo valer su fuerza como sectores organizados pertenecientes al sistema político, mientras que las agrupaciones de la burguesía monopolista nacional ligada al sector financiero presionaban para obtener condiciones más favorables a sus intereses.

Así, se perfilaron dos proyectos que entraron en una confrontación abierta en la disputa por la nación y el control del Estado mexicano: por un lado, el proyecto nacionalista –heredero de la Revolución mexicana–, apoyado por el sector obrero y las clases populares; y, por otro, el proyecto neoliberal, impulsado por los sectores empresariales ligados a la burguesía financiera y al sector tecnocrático en el interior del Estado mexicano:

Los proyectos neoliberal y nacionalista se presentan como las coordinadas dentro de las cuales se dará el desarrollo del país. Salvo situaciones excepcionales, ninguno de ellos parece tener posibilidades ciertas de realizarse de manera absoluta. La combinación económico-política que resulte, el peso que cada proyecto alcance en la realidad social del porvenir serán el producto de la lucha entre las clases, de las formas e inclinaciones que adopte el quehacer estatal y del grado de organización y persistencia que pongan en juego las fuerzas sociales que los promueven (Cordera; Tello, 1981, pp. 110-111).

Ante esa disputa por la nación, el filósofo Carlos Pereyra, ligado orgánicamente al sector de la izquierda mexicana socialista que insistía sobre la necesidad de articular un proyecto nacional, fue quien estableció con mayor claridad y precisión las principales características que debía presentar un proyecto nacional para ser reconocido como tal, ya que no cualquier proyecto de desarrollo o crecimiento económico del país podía ser identificado como garante del interés de la nación. Estos aspectos a considerar eran: la autosuficiencia económica, el control efectivo del Estado sobre los recursos naturales del país, la plena soberanía nacional y la satisfacción de las necesidades elementales de los sectores populares:

Frente a las ambigüedades y confusiones en el uso del concepto proyecto nacional, vale la pena precisar de entrada la significación con la que será utilizado aquí. Se pueden localizar cuatro rasgos esenciales cuya presencia permite afirmar que el crecimiento cuantitativo de la economía cumple con los requerimientos de un proyecto nacional: 1) establecimiento de condiciones que hacen posible un crecimiento endógeno autosostenido; 2) control de la nación sobre sus recursos naturales y su planta productiva; 3) ejercicio de la soberanía en las relaciones internacionales; 4) capacidad de satisfacer las necesidades básicas del conjunto de la población (Pereyra, 1990, 181).

De esta manera, se observa que para ese sector de la izquierda mexicana socialista –al cual pertenecía Pereyra– era fundamental la dimensión nacional en un proyecto que asumiera una perspectiva

de transformación social, puesto que de lo contrario no podía ser llamado en sentido estricto *proyecto nacional*, sino más bien proyecto *extra-nacional* o de plano *anti-nacional*, pues lo que definía al interés nacional era una compleja relación entre lo que podría denominarse las condiciones de producción económica —que abarcaban los recursos naturales de la nación, el territorio, las materias primas y demás insumos con los cuales se llevaba a cabo el proceso productivo y económico— y las distintas clases y fracciones de clase que se vinculaban con ellas.

En ese sentido, las clases populares —al encontrarse ligadas de manera más directa con esas condiciones de producción— se erigían como los agentes más efectivos para salvaguardar el interés de la nación en su conjunto. De modo que, en función del desarrollo histórico de la nación mexicana, el interés nacional se identificaba con los intereses de las clases populares trabajadoras que tenían como objetivo principal salvaguardar esas condiciones de producción para asegurar el sustento y la reproducción material de su propia existencia.

Cuando la disputa por la nación se resolvió a favor del proyecto neoliberal en 1982, con el ascenso al poder de Miguel de la Madrid, y se consolidó en 1988 con el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, el componente nacional-popular del Estado mexicano rompió de manera abierta con el sistema político emanado de la Revolución y se unió a las organizaciones de la izquierda mexicana socialista que impulsaron el proceso de unificación partidista en los años ochenta. El resultado fue que la corriente ideológica del nacionalismo revolucionario eclipsó a la perspectiva socialista que se venía forjando —aunque siempre insuficientemente— dentro de esas organizaciones, pero prevaleció como uno de sus legados el concepto de *proyecto nacional* que fue reformulado posteriormente como *proyecto alternativo de nación* —con el claro propósito de trazar una línea de demarcación ante el proyecto neoliberal desnacionalizador— y cuyos rasgos esenciales siguen siendo aquellos que fueron delineados por Pereyra en su reflexión en torno a la cuestión nacional, y a la dimensión fundamental que reviste junto a las “formas populares

del nacionalismo” (Pereyra, 2010, p. 418) en un proceso de transformación de las relaciones sociales existentes.

IV. LA CUESTIÓN NACIONAL-POPULAR

De tal modo que desde un principio la dimensión nacional ha estado presente en el proyecto político de la *Cuarta Transformación*. Y esta presencia no es gratuita, sino que obedece a una condición histórica que se encuentra enraizada en la propia lucha de las masas populares por mejorar sus condiciones de vida, así como en las distintas expresiones ideológicas que han desarrollado a lo largo de su propia práctica política.

Dicho con otras palabras, el nacionalismo no ha sido una corriente ideológica ajena a los sentimientos más profundos de las masas populares en México, sino que fundamentalmente es, y ha sido, una elaboración creada por ellas mismas, que ha identificado de manera directa sus intereses con la participación activa de sus integrantes en el arduo proceso de construcción de la nación, es decir, de un proyecto forjador de “una comunidad política en la que todos los sectores sociales se encuentren representados y se sientan parte” (Niszt, 2014, pp. 109-110).

En los años setenta y ochenta, en un contexto histórico marcado por la guerra fría entre EE. UU. y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas –con el triunfo de la Revolución cubana de 1959 y con las movilizaciones sindicales y estudiantiles de aquella época–, las corrientes más ortodoxas de la izquierda mexicana socialista consideraban que el nacionalismo era solo un instrumento ideológico de la dominación burguesa, el cual tenía que ser combatido para que las masas trabajadoras pudieran tomar plena conciencia de sus intereses como clase y avanzar hacia una revolución social de carácter internacionalista.

Asimismo se tenía una relación de extrema complejidad –“difícil convivencia”, dirían algunos– con el denominado nacionalismo

revolucionario, o la también llamada por Arnaldo Córdova “ideología de la Revolución mexicana” (Córdova, 1973), pues, a pesar de que se admitía en el discurso nacionalista una acción defensiva contra el imperialismo y un recurso para el fortalecimiento de la clase obrera y, con ello, el de un desarrollo nacional independiente, lo cierto era que seguía siendo considerado en última instancia como una mera expresión ideológica burguesa que subordinaba los intereses de la clase obrera a la clase capitalista.

Y a pesar de que existieron otras corrientes de la izquierda mexicana que refutaron tales tesis y que contribuyeron a reivindicar la dimensión nacional en un proyecto de transformación social—como se señaló en el apartado anterior—, hoy, cuando ya no existe más una perspectiva socialista, es menester seguir insistiendo en que esa elaboración ideológica forjada por las masas populares a través de sus distintas luchas por edificar una nación se mantiene vigente.

Esto es importante resaltarlo porque en un momento histórico en el que se resquebraja el paradigma de la globalización neoliberal que fue entronizado una vez que la guerra fría terminó y el bloque comunista se disolvió, las denominadas izquierdas entraron en una crisis de identidad que las llevó a sustituir al marxismo con las más estrafalarias ideologías posmodernas que han propiciado una extremada confusión conceptual caracterizada por la exacerbación del individualismo, la exaltación de posturas irracionales y, sobre todo, una despolitización velada que lo mismo reniega de la sociedad, la cultura, el Estado, la nación, la moral y la historia por considerarlas anacrónicas o instrumentos de una supuesta opresión general contra el individuo o sectores minoritarios.

Estas tendencias dentro de la izquierda, si es que el término todavía significa algo en nuestros días, no son solo funcionales al despliegue e implementación del neoliberalismo en el mundo y en nuestro país, sino que son su correlato ideológico, es decir, su expresión más acabada en el campo de la cultura, de la intelectualidad y de las universidades, debido a que la conformación de una individualidad cada vez más dispuesta a desligarse de su pasado

inmediato y renuente a reconocerse en una realidad más amplia que exceda su narcisismo, solo puede beneficiar a aquellos intereses que buscan, precisamente, la desnacionalización de las sociedades y la disolución de todo lazo profundo entre los individuos de una comunidad política específica.

Por esa razón, hoy como ayer es tarea de los intelectuales nacionalistas y de los militantes, simpatizantes y adherentes a la *Cuarta Transformación* de la vida pública de México reivindicar la dimensión nacional-popular como el componente fundamental de un proyecto político de transformación social, cuyo objetivo principal es la regeneración de la nación y la restitución de su dignidad soberana, con el apoyo de las masas populares, mismas que identifican la satisfacción de sus necesidades más apremiantes con el anhelo de seguir forjando una nación que históricamente ha sido fortalecida por su participación decidida y su esfuerzo colectivo permanente.

REFERENCIAS

- Althusser, L. (1981). *Para leer El capital*. México: Siglo XXI.
- Althusser, L. (2008). *La soledad de Maquiavelo*. Madrid, España: Akal.
- Althusser, L. (2011). *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI.
- Barreda, G. (1979). *Oración cívica*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Belinski, V. (1956). *Obras filosóficas seleccionadas*. Moscú, Rusia: Editorial en Idiomas Extranjeros.
- Cordera, R. y Tello, C. (1981). *México: la disputa por la nación*. México: Siglo XXI.
- Córdova, A. (1972). *La formación del poder político en México*. México: ERA.
- Córdova, A. (1973). *La ideología de la Revolución mexicana*, México: ERA.
- Cosío Villegas, D. (1949). *Extremos de América*. México: Fondo de Cultura Económica (Tezontle).
- Flores Olea, V. (1999). *Crítica de la globalidad. Dominación y liberación en nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- García Canclini, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona, España: Gedisa.
- González Casanova, P. (1967). *La democracia en México*. México: ERA.
- González Casanova, P. y Florescano, E. (coords.). (1979). *México, hoy*. México: Siglo XXI.
- Gramsci, A. (2010). *Cuadernos de la cárcel. Vol. 2, Los intelectuales y la organización de la cultura*. México: Juan Pablos Editor.
- Illades, C. (2020, 3 de julio). La izquierda y los intelectuales. *Laberinto*, suplemento cultural de *Milenio Diario*. Recuperado de <https://www.milenio.com/cultura/laberinto/la-izquierda-y-los-intelectuales>

- Kant, I. (1997). *Crítica de la razón pura*. Madrid, España: Alfaguara.
- Locke, J. (1990). *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*. Madrid, España: Alianza.
- Maquiavelo, N. (2010). *El Príncipe*, Madrid, España: Alianza.
- Marx, K. (1975). *El Capital. Tomo I / Libro primero*. Biblioteca del Pensamiento Socialista, Traducción de Pedro Scaron. México: Siglo XXI.
- Morales, C. (2007). *Fractales. Pensadores del acontecimiento*. México: Siglo XXI.
- Navarro, F. (1988). *Filosofía y marxismo. Entrevista a Louis Althusser*. México: Siglo XXI.
- Niszt, F. (2014). *La izquierda socialista y el nacionalismo revolucionario, derroteros de una difícil convivencia*. México: Tesis Doctoral Flasco.
- Ortega, J. (2018). *Leer El capital, teorizar la política: contrapunteo de la obra de Enrique Dussel y Bolívar Echeverría en tres momentos*. Colección El Mundo Actual. México: CEIICH-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ortiz Palacios, L. A. (2001). *Teoría y política en la obra de Carlos Pereyra*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés.
- Pereyra, C. (1990). *Sobre la democracia*. México: Cal y Arena.
- Pereyra, C. (2010). *Filosofía, historia y política. Ensayos filosóficos (1974-1988)*. G. Ortiz Millán y C. Iturbe (comps.), México: Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México.
- Portantiero, J. C. (1977). *Los usos de Gramsci*. Cuadernos de Pasado y Presente. México: Siglo XXI.
- Presentación (1972, 20 de enero). *Punto Crítico. Revista de información y análisis político*, año 1 (1) 1.
- Proyecto Alternativo de Nación 2018-2024. Plataforma Electoral y Programa de Gobierno del Movimiento Regeneración Nacional* (2018). Recuperado de <https://repositoriodocumental.ine.mx/xmlui/bitstream/handle/123456789/94367/CG2ex201712-22-rp-5-2-a2.pdf>

- Reyes, A. (1962). *Cartilla moral*. México: Imprenta Comercial.
- Riding, A. (1985). *Vecinos distantes. Un retrato de los mexicanos*. México: Joaquín Mortiz / Planeta.
- Sánchez Vázquez, A. (2011). *Filosofía de la praxis*. México: Siglo XXI.
- Schmitt, C. (2014). *El concepto de lo político*. Madrid, España: Alianza.
- Smith, A. (2011). *La riqueza de las naciones*. Madrid, España: Alianza.
- Soliz Rada, A. (2015). *La ideología de la izquierda en Bolivia*. La Paz, Bolivia: Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social.
- Spinoza, B. (2003). *Tratado teológico-político*. Madrid, España: Alianza.
- Togliatti, P. (1977). *Lecciones sobre el fascismo*. Traducción de David Huerta, México: Ediciones de Cultura Popular.

ACERCA DEL AUTOR

Licenciado y maestro en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Es candidato a doctor en Filosofía Política por la misma institución y se desempeña como profesor titular C de tiempo completo definitivo en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Cuenta con el reconocimiento de Perfil deseable Prodep-SEP y es responsable del proyecto de investigación CESPII-UPN: Naturaleza y función de la enseñanza de la filosofía. Ha participado en los libros colectivos: *Identidad y diferencia*. Vol. I *La política y la cultura* (Siglo XXI, 2010); *Cámara nocturna. Ensayos sobre Salvador Elizondo* (Conaculta, 2011); *El regreso del topo. Karl Marx a 195 años de su nacimiento* (UNAM, 2017); *Althusser desde América Latina* (Biblos, 2017); *Cuerpo, resistencia y producción de subjetividades, frente a la lógica de la globalización capitalista* (UNAM, 2018); *Antonio Caso más allá de su siglo: filosofía, cristianismo y revolución en México* (Pergamino Editora, 2019), y *Entre la crítica a la modernidad y la literatura: ocho ensayos de filosofía* (UAEM, 2021). Autor de los libros *Perfiles Mexicanos. Ensayos sobre filosofía mexicana contemporánea* (Cámara de Diputados/EON, 2019) y *El grado cero de la política y otros ensayos sobre la democracia en México* (UPN, 2021).

Sus líneas de investigación son: Filosofía política, Filosofía mexicana e historia intelectual en México en el siglo XX, Filosofía de la educación y Teorías de la democracia.

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Leticia Ramírez Amaya *Secretaría de Educación Pública*
Francisco Luciano Concheiro Bórquez *Subsecretaría de Educación Superior*

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Rosa María Torres Hernández *Rectoría*
María Guadalupe Olivier Téllez *Secretaría Académica*
Arturo Latabán López *Secretaría Administrativa*
Pilar Moreno Jiménez *Dirección de Biblioteca y Apoyo Académico*
Cristina Leticia Barragán Gutiérrez *Dirección de Difusión y Extensión Universitaria*
Benjamín Díaz Salazar *Dirección de Planeación*
Maricruz Guzmán Chiñas *Dirección de Unidades UPN*
Yiseth Osorio Osorio *Dirección de Servicios Jurídicos*
Silvia Adriana Tapia Covarrubias *Dirección de Comunicación Social*

Coordinaciones de Área

Tomás Román Brito *Política Educativa, Procesos Institucionales y Gestión*
Jorge García Villanueva *Diversidad e Interculturalidad*
Gerardo Ortiz Moncada *Aprendizaje y Enseñanza en Ciencias, Humanidades y Artes*
Ruth Angélica Briones Fragoso *Tecnologías de la Información y Modelos Alternativos*
Eva Francisca Rautenberg Petersen *Teoría Pedagógica y Formación Docente*
Miguel Ángel Vértiz Galván *Posgrado*
Gabriela Ruiz de la Rosa *Centro de Enseñanza y Aprendizaje de Lenguas*
Patricia Adriana Amador Islas *Unidad de Igualdad de Género e Inclusión*

Comité Editorial UPN

Rosa María Torres Hernández *Presidencia*
María Guadalupe Olivier Téllez *Secretaría Ejecutiva*
Cristina Leticia Barragán Gutiérrez *Coordinación Técnica*

Vocales Académicos

Luis Gabriel Arango Pinto
Ana Laura Lara López
Amílcar Carpio Pérez
Eurídice Sosa Peinado
Teresa de Jesús Rojas Rangel
Luis Manuel Juncos Quiane

Mildred Abigail López Palacios *Titular del Área de Fomento Editorial*
Margarita Morales Sánchez *Formación y diseño de portada*
Fernando Eugenio López *Edición y corrección de estilo*

Esta primera edición de *Demarcaciones. Intervenciones políticas en la coyuntura nacional-popular mexicana* estuvo a cargo de la Subdirección de Fomento Editorial, de la Dirección de Difusión y Extensión Universitaria, de la Universidad Pedagógica Nacional, y se publicó el 10 de mayo de 2024.